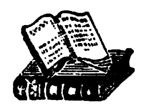
JOSE MARIA BARRIOS DE LOS RIOS

(DURALIS ESTARS)

El País de las Perlas

— Y —

CUENTOS CALIFORNIOS



SOMBRERETE

BIBLIOTECA ESTARSIANA

Empresa editorial de las obras de

ALMAVIS Y DURALIS ESTARS

[Lics. Enrique y José María Barrios de los Ríos]

1908

EL PAÍS DE LAS PERLAS

— Y —

CUENTOS CALIFORNIOS

—:o:—

OBRAS

DE LA

BIBLIOTECA ESTARSIANA

—:o:—

POR JOSE MARIA BARRIOS DE LOS RIOS:

EN VERSO:

Océano. Pompillas.
Selectas. Oratorios
ó Delicias de mi Madre.
Monóstrofes y
Microapólogos.

EN PROSA

El País de las Perlas y
Cuentos Californios.
Tribuna Filosófica y
Literaria. Juicios de Coetáneos. La Ríqueza del
Mar. Exerta Jurídica.

POR ENRIQUE BARRIOS DE LOS RIOS:

RECREATIVAS:

Paisajes de Occidente. Paleta de Viaje.
De Vacaciones (Memorias de un Estudiante).

DE DERECHO:

Resumen de Penalidad Positivista
y de su Refutación.
Disceptaciones Jurídicas. Misiones Diplomáticas.
Connotación de la Ley Orgánica del Cuerpo
Diplomático Mejicano y los principios respectivos
del Derecho público internacional.
Antinomias del Código de Procedimientos Civiles.

José María Barrios de los Ríos

(DURALIS ESTARS)

El País de las Perlas

— Y —

CUENTOS CALIFORNIOS

SOMBRERETE

BIBLIOTECA ESTARSIANA
Empresa editorial de las obras de

ALMAVIS Y DURALIS ESTARS

[Lics. Enrique y José María Barrios de los Ríos]
1908

EDICION PRIMERA

Imprenta de la Biblioteca Estarsiana, á cargo de
Álvaro C. Núñez.

Sombrerete, calle Real, Nº 75.



J M Barros de los Ríos

EL PAIS DE LAS PERLAS

EL PAIS DE LAS PERLAS

I

Después de catorce días de esperar vapor en Mazatlán, me acomodo por fin en un camarote del *Newbern*.

Este viejo *Newbern* tiene su historia, Ha celebrado ya su centenario de viajes desde San Francisco de California á los puertos de Méjico, y cuenta con esta campaña una cincuentena más. Se le distingue, si no por su confortante comodidad, sí por la exactitud de su itinerario, que recorre lo más puntualmente posible, y por el buen trato que da á sus pasajeros.

He pasado la noche en sueño pro-

fundo. Nadie teme á bordo el temporal con que el barómetro nos amenazaba hace pocos días en Mazatlán. Estamos á diez de octubre, unos seis días delante del temible *cordonazo*. La calma es inalterable y navegamos por una superficie casi inmóvil, rizada apenas por una finísima brisa.

El calor del sol naciente desbarata los tenues cendales con que la niebla cubre los picos lejanos de la costa. El litoral de la Baja California se aclara poco á poco al través de la bruma, y sus grupos de islotes colorean aquí y acullá, resplandecientes con la luz matutina. Al oriente se esfuma el litoral de Sinaloa, del que no se descubren en el inmenso horizonte sino las curvas de sus montañas levemente sinuosas, que por fin se pierden á la vista confundidas con el azul del aire lejano.

Fuera del Trópico de Cáncer, y á mediados del otoño, no era de esperarse en esta latitud un calor sofocante; pero sea que el venir del frigidísimo valle de Méjico me haya hecho impresionable á las altas temperaturas, sea

que efectivamente se verifique ahora en este paralelo un ascenso anormal del termómetro, lo cierto es que el calor me abrasa materialmente, y la brisa delgada, que al amanecer me parecía casi fresca, se me figura al mediar el día como el tufo ardiente de una máquina de vapor. Me arrallano en un sillón sobre cubierta, ybien pronto el sueño me hace dar cabezadas sobre las páginas de un libro que tengo abierto. Me decido á aplazar mi lectura —perdóname, oh dulcísimo Pierre Loti,—y me encierro en mi camarote, huyendo de la sofocación y del reflejo de la solana en las aguas.

Las siestas á bordo son peculiarmente reparadoras. Se duerme como un lirón, y se sueña como un chiquillo ahito de cena. Creo que yo he soñado con Hernán Cortés, por que al despertar le tengo entre ceja y ceja como una idea fija. Me imagino que aquel genio de los viajes, de los descubrimientos y de las conquistas, ha tomado pasaje en el *Newbern*, y que no me separa de su señoría sino un tabique de made-

ra. Despabilándome los ojos y saliendo hacia la borda, hallo que mi sueño ha llenado mi espíritu de una melancolía intensa y radiosa, que se esparce fuera de mí hacia todo cuanto me rodea. Recuerdo entonces que por el mismo golfo sereno que cruzo bogaron las naves cortesianas hace trescientos cincuenta años, en busca de tierras nuevas y nuevos tesoros. Toda la bulla que dejo tras de mí, allá en la metrópoli, con el entusiasmo del centenario que celebrará pasado mañana el mundo civilizado, repercute en mi corazón como el tumbo de una ola tumultuosa que deshace su cresta de espumas en el arrobamiento de un largo suspiro......

Y suspiro yo efectivamente al sentir delante de mí la inmensidad del desierto, del desierto en que recordaré el gran fasto colombiano, á la orilla solitaria de un pequeño golfo de America...... Con estas ideas entro en la bahía de La Paz.

La isla del Espíritu Santo, con sus collados de verdura marchita y sus montecillos azulejos, se distingue á ba-

bor; á su opuesto rumbo la Catalana, rocallosa mole de picachos rojizos; más allá la de Cerralvo, más rocallosa todavía, que recuerda al virrey marqués de su nombre, y luego la de S. José, con sus salinas blanquinosas, sus pequeñas dehesas de pastos multicolores y el desvaído plomizo de sus pedregales, como extraídos de minas socavadas recientemente.

El mar ha tomado un tinte verdoso, ligeramente violado en la lejanía de las islas. Ningún vientecillo resbala sobre sus aguas tranquilas, ninguna ola se levanta, ningún rumor se escucha fuera del ruido acompasado al henderlas el barco. El horizonte, detrás de la popa, se despliega soberbiamente ilimitado, trazando sobre la gris y tersa superficie del golfo una línea curva de uniformidad sorprendente, como un atisbo de la eternidad, que no rompe ni mancha la más mínima ondulación del espacio; hacia proa, parece delinear el marco oval de una concha de abulón, donde efervece la bahía espléndida con la multiplicidad de los colores y mati-

ces crepusculares. El cielo se arrebola en el poniente con la magnificencia de las noches boreales. Celajes tenuísimos de dorados flancos dilatan sus puntas de rosa hacia los girones de bruma que se agrupan en el zenit, y el amarillo prímula de la alta bóveda se diluye suavemente en las franjas verdegayes en que se resuelve el violáceo obscuro del levante. Las níveas gaviotas se encumbran sobre los mástiles ostentando en las alas cambiantes de púrpura, ó se dirigen á las riberas en parvadas que semejan cintas de cirros que rasgan los aquilones. La costa california se encorva en anfiteatro incomensurable: aquí la rada é isla de Pichilingue, enrojecidas sus tierras calizas con la flama del sol expirante, allí el cerro de la Calavera, con la cumbre erizada de cchoyas rastreras y de mutilados troncos, como la conciencia de un mal viejo, escarpada de malos recuerdos y de ilusiones rotas: y allá, muy lejos, la blanquisca cima de la Puerta de la Vieja, bruñida y brillante como una calva enormísima. La bahía es un espejo: refleja los tintes

del cielo y los tintes de las montañas, y se retratan en sus aguas nubes y cumbres. Los bajos arenosos se señalan por tonos color de tierra, los canales y las corrientes por fajas liláceas. Los manchones movibles de plomo obscuro son cardúmenes de toninas, y los sucesivos copos de algodón purísimo son la espuma de la resaca en los bajíos......

Tripulantes y pasajeros habíamos subido sobre cubierta y nos agrupábamos contra la borda. El despejado espacio de popa nos permite mirar libremente hacia todos los rumbos. El óvalo inmenso de la bahía, abigarrado y luminoso como gigantesca tela de iris, ó como la indescriptible paleta donde se combinasen todos los colores del universo para un lienzo del paraíso, resplandece con llamas de ópalo dentro del obscuro marco que le circunda de montes sombríos, de colinas escuetas y de abruptos cantiles. La poca distancia á que pasa el barco de la costa oriental del Territorio, deja observar detalladamente la conglobación caprichosa de los torrentes, médanos y cerros en que

ondula el espinaso del litoral, ora con la curvatura de un lomo de tejón, empinado hacia la rabadilla y caído y agobiado hacia las vértebras cervicales, ora con la suave inclinación de un carapacho de cavuama, ora con las simétricas sinuosidades de una colosal serpiente. En los álbeos secos de los ríos y en los áridos arenales de la ribera solitaria, se destacan fúnebremente manchones opacos de plantas rastreras y marañas de cactus ennegrecidos; al paso que en las vertientes de un azul tenebroso pardean los acervos y pedregales de ya mudas y y extintas cataratas, y las deslumbrantes rocas de los criaderos de yeso, arreboladas con la luz moribunda. Detrás de esa naturaleza silenciosa y casi muerta, más allá de esas montañas peladas, de esos médanos interminables y de esos collados tristísimos, se adivina el desierto, y mi espíritu vuela hacia la morada futura de sus meditaciones, como hacia el cáliz de una flor mustia una mariposa aterida.

El vapor enfila por el canal de San

Lorenzo, único que da acceso al puerto, y que se señala delante de proa por una lista clara y ancha, como la estela de un gran navío. El andar es lento, como que se corre el riesgo de dar con el bajo rocalloso por los costados, y como que se vence una corriente que el impulso inverso de la marea hace más impetuosa. Nos cerca á babor una playa desierta, una angosta península, llamada del Mogote, orlada de silvestres frutales; y á estribor se descubre el puerto de La Paz, á donde se dirigen todas las miradas y todas las sonrisas de á bordo.

El caserío no se abarca en su totalidad porque se arrebuja en un bosque de alegre verdura. Sobre los enjalbes de risueños tonos, en el bermejo de los tejados, en el amarillo rubicela de los cercos de estípites, en el suelo pajizo de los corrales y yeguacerías, en el gris rosado de las playas, arrojan los platanares su tumultuoso oleaje verde, y en las armónicas copas de los naranjos chispean sus frutos de oro. Las palmeras de dátiles enarbolan sobre su ástil

flexible sus desfallecidas estrellas, y sobre el alto caballete de la iglesia, de terrosa y cenicienta herrumbre, languidece el surco de fuego que traza un rayo del oeste. En arremolinada confusión de agujas, aspas y torrecillas enredadas de hiedras, alzan los molinos de viento de las huertas sus flechas horizontales, como flámulas de procesión triunfal, y dibujan sus discos movibles, ó pequeños segmentos de ellos, sobre el cielo esplendente, sobre el follaje espeso de las arboledas, ó sobre la lóbrega y negruzca pizarra de los montes lejanos.

El tardo paso del *Newbern* nos descubre suavemente y en toda su extensión las callejuelas, empinadas hacia el centro de la ciudad, que desembocan en la playa: sus corralizas de empalizadas, sus andenes de madera, como resonantes tablados de feria, sus vivaces frontis multicolores, sus tejados esbeltos y aéreos como jaulas de pájaros, sus patios, donde rie tendida al aire la ropa limpia, y sus huertos de bananos, mangos, acacias y palmeras.

En el puerto es raro que se encuentren á la vez fondeados dos ó más barcos de alto porte, pero tiene constantemente surtos multitud de pequeños pailebotes, balandras, lanchas de cabotaje y canoas y botes pescadores, por entre cuyas filas avanzamos hasta el muelle. Este se prolonga muy poco mar adentro, y su ancha calle se halla coronada de gente. Una multitud de chiquillos y de mujeres acostados á lo largo de la playa, encaramados en los balconcillos de madera, ó desde los corredores y azotehuelas de las calles altas, agitan sus pañuelos saludando la embarcación; y los tripulantes del viejo y cariñoso barco, corresponden con igual agasajo la simpatía de los porteños. A cierta distancia del muelle suenan en el escobén las cadenas del ancla, y en medio de un silencio á que prestan magestad el océano, las riberas y las montañas, entona el *Newbern* por tres veces su saludo triunfante. A su ronco silvato contestan dos ó tres vaporcitos remolcadores; y la gente de la ciudad, en profusa aglomeración de

botes y falúas, acude á bordo con espectación de nuevas felices.

Las lucesillas del muelle, de las calles, de los hogares y de los barcos anuncian la noche en derredor de nosotros: las estrellas de lucidez deslumbradora en esta latitud, á causa de la cristalina transparencia de la atmósfera, acompañan de lejos con su fulgor eterno, los escasos y pasajeros fulgores de este bajo mundo; y con estas ideas, y con las emociones que son de suponerse en quien hace un mes apenas no conocía el mar, ni las bahías, ni los puertos; después de transbordarme por un minuto á un bote de la Capitanía, puse los pies en la escala del muelle.

II

Un paseo matutino por la ciudad es mi primera operación del día siguiente.. ..... Pero ruego á los lectores para quienes sea desconocida la región en que me encuentro, que no esperen de este libro la narración de cosas extraordinarias, ni simplemente notables. Cabalmente el atractivo que tiene para mí el escribirle, es que casi nada hay que decir, sino la exposición de un viaje en que no he visto nada... Aquí no hay edificios que describir, ni antigüedades que desenterrar, ni monumentos que dscubrir, ni apenas

historia que recordar.........Un territorio inmenso, más grande que Inglaterra y poco menos que la mitad de España, donde viven, dispersos en villas humildes, en aldehuelas desoladas y en campos incultos algunos poquísimos miles de almas; montañas desnudas, playas ardientes y arenosas, desiertos perennemente secos, mares agitados de procelas y vientos; días de radiosa blancura y noches de soledad encantadora: esto es todo. Y así, á la buena de Dios, como quien entra de una ruidosa feria al claustro de un convento de capuchinos, contaré con la simplicidad misma de las cosas comunes y ordinarias de la vida, lo que se desliza á mi rededor, abandonando de buen grado lo gigantesco y maravilloso, á aquellas plumas que para menearse sobre el papel necesitan estruendos, auroras boreales, erupciones volcánicas; ó bien sabias curiosidades, nebulosos logogrifos y aterradoras historias......

Cogido del brazo de mi *cicerone*, abogado ilustrado de la metrópoli, nacido en las playas meridionales de Méjico

y huesped de pocos meses en la península, doblo difícilmente, por la arena que cubre el piso, la cuestecita que conduce de mi alojamiento á la loma en que está la plaza.........

Porque ha de saberse que La Paz está fundada sobre dos lomas, que no han recibido el bautismo. Los de la plaza y calles contiguas llaman al conjunto de casas del lado opuesto, *la otra loma*; y los de este rumbo designan á los otros de la misma manera. Es el cuento de aquel buen hombre que preguntaba:

—¿Dónde es la acera de enfrente?

—*Allá*— le respondían indicándosela.

Y luego se iba *allá* y volvía á preguntar:

—¿Aquí es la acera de enfrente?

—No, *allá*, tornaban á decirle.........Y no se daba modo de comprender el pobre palurdo.

La Paz resulta para su población de tres mil almas, una ciudad inmensa, pues acupa su caserío cosa de cuatro kilómetros cuadrados. Mi *cincerone* le llama la *ciudad de los paréntesis*, porque del frontis de cada casa sigue un

solar; de suerte que las casas son pocas y se levantan en grandes extensiones de terreno.

En la plaza de Velasco, única del puerto, me siento en un banco de madera, frente á la Iglesia. ¿Pero dónde está la población? pregunto con deseos de ver gente. Miro á todos lados: de la iglesia no sale un alma, ni entra ninguna tampoco; los andenes del jardín están solitarios; de las calles adyacentes nadie desemboca en la plaza, y á lo lejos, en las aceras de palo, no se oyen pasos de transeuntes. Desde las siete, que salí del hotel, hasta ahora, las nueve y cuarto, no he visto un ser viviente: ni un hombre, ni una criada, ni un perro. El silencio del sepulcro en torno mío: porque tampoco se escucha ruido ninguno, fuera del lejano y escaso rumor del agua en los bajos de la playa. Echamos á andar á la ventura por las calles sin nombre, aunque numeradas en serie ordinal, primera, segunda, etc. Las puertas están cerradas, las ventanas tienen corridas las persianas ó celosías; no se ve nada para aden-

tro. Atisbo por los cercos de estípites: sólo se percibe la vida de la población por el humo que sale de las cocinas, por uno que otro cerdo que gruñe y por gallináceas que pican desperdicios en las corralizas. He oido tres ó cuatro veces cantar los gallos y ladrar los perros; á mis oídos llega un sonoro mugido, y á poco distingo el relinchar de caballerías.........

Y nada más. Con estas novedades me vuelvo á mi alojamiento. Hago tranquilamente lo que hacía Cádalso todas las mañanas con un huevo

"..........pasado
por agua, blando y caliente."

Salgo en seguida á hacer mis visitas y á entregar mis cartas. Por la tarde verifico otro paseo urbano, y por la noche me encierro, como todo el mundo, casi antes de concluir el crepúsculo, porque la obscuridad, los arenales, las calles empinadas y el desconocimiento de esta topografía, exigen que poco á poco, y por ensayos y tanteos progresivos me vaya separando de las modalidades que por ahora me impone mi

nueva residencia. Así transcurrió un día, y muchos días; enteramente lo mismo que en todos los lugares donde no hay coches de sitio, ni tranvías, ni luz eléctrica, ni días de fiesta......

Las casas de La Paz y las de toda la Península, para no repetirlo, por lo común de un solo piso, se componen generalmente de tres partes: el pasadizo con la sala de recibo y los cuartos de dormir, el corredor, alegre, alto, lleno de luz y bien ventilado, que sirve también de comedor; y el patio con la cocina, la caballeriza, la zahurda, el molino, á veces el huerto y el baño. Sus colores, amarillo en las barandas de tiras de madera, de un metro de altura, que circundan los patios, azul ó verde claro en los frontis, rosa y blanco en los corredores y rojo en los tejados, les dan un aspecto alegre, realzado por una limpieza que no se encuentra en muchos lugares del interior de la república, sin ir más lejos, en algunos villorrios y poblachos nauseabundos que rodean á Méjico. Esta cualidad de los californios se advierte no sólo en sus

habitaciones, sino en sus personas y hasta en sus animales. No he visto aquí los hombres con calzón de manta, mugrosa camisa y sombrero infumable de la capital, ni las mujeres desgreñadas y haraposas que pululan en la metrópoli llevando á las espaldas á sus hijos y en la cabeza las cosas que venden. Los buzos y marineros más humildes portan blusa de lienzo, camisa aplanchada de lustre y pantalón de casimir en invierno, y de una tela llamada mezclilla ó lona marina en verano; sus hijos y esposas cubren las espaldas con un chal de lana ó seda, desdeñando el nada elegante rebozo, calzan sus pies con zapatos de la *tienda*, abominando la horripilante *chancla*, y se visten en cuanto es posible *rumbo* á la moda, con gracia, si bien sea pobremente. Aunque las más de ellas ofician de criadas en las casas grandes, no tienen su dormitorio en el hogar de sus amos, sino en casa de sus padres ó parientes,

Estas humildes familias, que se sostienen de la pesca, de la marinería fiscal y particular, de la carga y descarga

en el muelle y de los servicios domés-ticos, encierran en sus llanas y modestas residencias cuantas comodidades pueden adquirirse en proporción equitativa á las clases más elevadas. Sus casas tienen la misma distribución y dependencias que las otras, con las salvedades de los techos de palma, los pilares de horcones y las paredes de madera. Poseen máquinas de Singer para coser, comen en mesa enmantelada, usan vajilla de losa y cubiertos y duermen en catres de campaña, de lona, cuerdas ó tiras de cuero. Así, una civilización más adelantada que en los Estados interiores de la Nación, se nota sin esfuerzo en las familias pobres de esta costa, donde jamás se ven los repugnantes cuadros de comer en *cuclillas*, con los dedos, y acostarse en el suelo pelado, como los cerdos. Viviendo estas gentes en un plácido *confort*, prolongan sus días, tienen constantemente el humor alegre, y se procrean y se multiplican que es un contento: casi todas las mujeres llegan á parir diez ó más hijos; algunas, todavía buenas mozas, cuentan

hasta diez y seis alumbramientos, y no es raro que en una misma casa habiten rebozando salud y felicidad los biznietos, los padres, los abuelos y los bisabuelos.

La longevidad de los ancianos es comunísima: de ciento cuatro á ciento diez y siete años conocí en la Península más de veinte ejemplares.

De las antiguas tribus indígenas que poblaron primitivamente esta gran región, no queda ningún descendiente aborigen: todos los actuales son criollos, oriundos de españeles en su mayoría, aunque son numerosísimas las familias de otros pueblos de Europa que tomaron aquí asiento desde tiempo casi inmemorial. La desaparición de la raza primitiva se debió primeramente á su escasez y al gran numero de emigrantes de España, y en seguida á la persecusión de los indios que abandonando el suelo nativo se dispersaron por Sinaloa y Sonora. Este último Estado ha contribuido, desde las sublevaciones de los yaquis, á un pequeño aumento de población de La Paz, pues di-

versos grupos de aquellos indios, huyendo la reyerta y sometidos al Gobierno se han establecido aquí, donde forman una barriada numerosa, llamada del *Esterito*, que cuenta como unas cien familias: Sus jefes se ocupan en el buceo de perlas, en la pesquería y en tripular buques de cabotaje; y las mujeres y los niños en servir en las casas como *doncellas* y *pajes*. Es de notarse que esta antigua designación española de los mozos de servicio, que señalamos con bastardilla, se conserva entre los californios en uso constante y general.

Uno de los renglones indispensables de la vida en la Península es el molino de viento, no para utilizarle en moliendas de granos, sino para sacar agua. Siendo ésta muy escasa, pues el municipio no cuenta con ningún manantial para el surtimiento de la ciudad; y siendo los salarios muy crecidos, el molino, cuya torre se coloca sobre el pozo, ahorra el estipendio de un jornalero y el comprar el agua á algún vecino. La escacez de lluvias y los fuertes calores

han hecho de ésta una tierra muy sedienta, si bien fertilísima; de aquí la necesidad de regar constantemente las huertas y pequeños plantíos. La profundidad del agua en el subsuelo varía entre doce y veinticuatro metros, siendo generalmente delgada y dulcísima y raro que se halle á mayor profundidad, aún en los puntos más lejanos de la playa.........

La canoa es otro artículo de rigurosa necesidad entre estas familias: las acomodadas poseen embarcaciones de regular porte, en que hacen el cabotaje entre los puertos vecinos, ó con que allegan á sus almacenes los víveres de sus marinos ó buzos. Para los pobres cuando están de vagancia, pues no todo el año tienen ocupación en las espediciones de buceo, la canoa pescadora provee copiosamente sus mesas de mariscos sabrosos, y vendiendo el resto en el mercado, ayuda á suplir el salario en las periódicas cesantías. Cuando el jefe de la casa ha partido á una expedición, no por esto la canoa queda improductiva, pues la utilizan los mu-

chachos yendo á los esteros y marismas á coger careyes y cavuamas, dos especies de tortuga abundantísimas en todo el litoral, ó bien se alquila la embarcación á los vecinos.........

La parte del solar que no ocupan la cocina, el pozo y los animales, se destina al cultivo de frutales, hortalizas y flores. Se dan en increible abundancia y de suprema calidad y tamaño todas las frutas de las tierras calientes y templadas, como aguacates, mangos, dátiles, naranjos, huamúchiles, guayabas, limones, ciruelas, toronjas, limas chirimoyas, plátanos, higos, etc.; pero lo que marca de un carácter de ubérrima á esta producción, es la exquisita uva de sus vides, de tanta dulzura que empalaga como la miel de colmenas. El vino que se hace de tan magníficas cepas es de lo más generoso y puro que puede imaginarse.

La cosecha de hortalizas es muy escasa, ó bien me le parece porque es carísima aquí la verdura, y pocas veces se consiguen frescos algunos de estos renglones, que los cultivadores conservan

en tarros de ingrata salmuera.

Los pastos de las cercanías, de lozanísimo desarrollo el año entero, producen en las vacadas sabrosa y fresca leche, que da fama universal á los quesos y á las mantecas de Baja California; y á la carne de las reses hace justicia la estimación de que gozan los ganados del Territorio.........Así, entre las peripecias de la pesca, el cuidado de las gallinas, el ordeñar las vacas, el salar el pescado y otros menesteres de la despensa y la familia, la existencia de estas gentes sobrias, morigeradas y trabajadoras, se desliza sin pesares, sin conmociones de lucha, sin contratiempos ni derrotas. Para el californio todas las cosas y todos los acontecimientos giran en torno de un centro, el hogar, fuera del cual nada suponen ni nada valen el mar, la playa, las tierras, las riquezas ni el mundo entero.

Así, esta concepción de la felicidad doméstica como el núcleo sagrado de los esfuerzos y aspiraciones de la vida, prestan á estas pequeñas agrupaciones de familias unión invencible, y

las precisa á usar con los estraños de un discreto provincialismo que, sin excluirlos de sus satisfacciones ni escatimarles la hospitalidad, los mantiene en delicado y cortés apartamiento, que les permite observar sin prejuicios su carácter y sus costumbres, les fuerza á amar la tierra y los hace al cabo participantes, á poco tiempo de residencia, de la suavidad y dulzura de aquel medio ambiente.........

III

A los dos días de mi llegada la ciudad sintió reanimarse por la fiesta oficial del centenario. Era una oportunidad para ver de cerca el conjunto de sus habitantes, y acudí al lugar de cita.

En la loma sur, ó que ve al rancho del *Palo* —y así la distinguiremos en lo sucesivo, en contraposición á la del norte ó que se extiende hacia el barrio del *Esterito* —se levanta una plataforma en el centro del lugar en que va á fundarse la primera piedra de un edificio destinado á escuelas, y donde se formará una nueva plaza. Los emplea-

dos y los oradores ocupan el templete, abajo se coloca la orquesta; el resto de la concurrencia se distribuye en los asientos que se han prevenido bajo un extenso toldo formado de velas de buque.

Yo no estoy con que nadie, así sea el mismísimo Flaubert en *Madame Bauvary*, haga punto de escarnio de la gente de los centros populosos las fiestas de los lugares cortos, aunque sean oficiales y se les imponga el obligado carácter de patriotería trasnochada, que entre las nuestras es de rigor tradicional. Precisamente cuando la alegría se pinta en todos los rostros, cuando todos los corazones en un latido unísono, sienten que la vida vale la pena de vivirse al alegre fuego de los recuerdos gloriosos, aunque fuesen despertados en nuestras almas por evocación de oradores y vates analfabetas, la más superficial atención es suficiente para entrever un interés de insigne solemnidad que no tiene más objeto que recordar una fecha en común, una fecha en aras de la cual el mundo antiguo derramó

sus tesoros, sacrificó á sus hijos y ennobleció los blasones de la raza latina, con más legítima grandeza que los habían ennoblecido sus fundadores inmortales en la defensa de Troya y en la constitución de Roma.

Así, las emociones que justamente puede uno admitir se enseñoreen á intervalos de su espíritu, no radican exclusivamente en la sorprendente exterioridad de los adminículos, sino que se afianzan en la profunda y jamás sondeada región donde se asientan la tradición ya aceptada ó la creencia ya inconmovible. Porque esta multitud de señores recién afeitados, acicaladas sus levitas con la plancha y el cepillo, cubiertas las cabezas con flamantes y vistosos sombrerillos de paja, relucientes las botas y las camisas y pegado el rígido brazo á una gruesa caña; y esta reunión de señoras y muchachas vestidas de gasas y colores suavísimos, ondeantes las cabelleras sobre las espaldas, ceñidos los corpiños sobre las opulentas caderas, de mirada fulgurante los ojos y de clásica hermosura criolla

los rostros; y este grupo de pueblo, endomingados unos con blanquísima blusa, arriscado sombrero guaymeño y zapato negro de vaqueta, autorizados otros con el uniforme azul marino y la boina de reglamento; este puñado de descendientes de guaycuras y españoles, no son si bien se mira, más que un fragmegmento de historia contemporánea que tiene sus precedentes en la data de hace cuatrocientos años, ó para decirlo con una imágen, un racimo que cuelga de la lozana vid que plantó en América el Descubrimiento....

Pero tras la serie de piezas de música y trozos de oratoria; tras la ceremonia de colocar en sus cimientos el bloque angular del futuro edificio, una alegría fragante se disuelve por el ambiente y un bienestar embriagador se esparce por las almas. Sobre el gran solar donde acaba de efectuarse la fiesta y por las calles adyacentes la concurrencia se disemina en corros bulliciosos. La orquesta se dirije al muelle, cuyos faroles ya encendidos iluminan el ancho andén de madera, se pre-

longa el festejo en agradable serenata.

He permanecido en el templete hasta que acabaron de desfilar los grupos, y luego he bajado también al muelle, donde la garrulería de las conversasiones y la animación del paseo tornaba en aquellos momentos la ciudad en trafagosa y bullanguera feria. Las californias no son locuaces, aunque están muy lejos de la taciturnidad. Platican acompasada y expresivamente, y poseen la cualidad de recorrer varias veces, con magistral dulzura de voz, las notas del pentagrama en la grácil modulación de sus fraces. Seguro estoy de que no ha venido aquí jamás un filólogo, ni puéstose *ad hoc* á escribir estudios de fonetismo, á lo cual se debe sin duda el que yo no haya visto, leído, en cuanto á mis manos ha venido acerca de esta península, consignada esta singular excelencia de la expresión verbal en California, y afirmo que si álguien me la hubiese contado con la ponderación y gracia que la he escuchado yo mismo, la habría tenido por hipérbole increíble.

Lejos de eso está la realidad, y tanto, que no sé si llegue á explicarlo á quien por sí propio no lo haya observado. Haré un pobre esfuerzo, que desde luego califico de enteramente inútil para aquel de mis lectores que no haya vivido en climas ardientes ni en países costaneros. No hay idioma en la tierra que al producirse en sonidos por la voz humana, no reciba las tonalidades de la inflexión á que le amolda cada pueblo, cada familia y cada individuo; y no hay nadie que al hablar, por monótono, fastidioso y desnudo de gracia que sea en estilo de conversar, y por bronca, desgarbada y pastosa que sea su voz, que no emplee siquiera tres ó cuatro tonos fundamentales á que se ajusta forzosamente toda serie de sonidos de diversa emisión, y digámoslo así, de alternadas *embocaduras*, como son en conjunto las letras del más corto alfabeto.

De suerte que, si algunos animales, que por muy estensa y meliflua que sea su escala, no suelen dar en sus gritos—á excepción de las aves cantoras—

sino con dos ó tres tonalidades precisas, el hombre, cuya voz se asemeja á la de los más melodiosos instrumentos, cuya nariz, cuya garganta y cuyo pecho sirven á su órgano vocal de compresores, aductores y reguladores acústicos, y cuya lengua, paladar y dentadura modifican á voluntad el paso de la onda como á manera de las válvulas ó llaves de una flauta; que usa no menos de diez y seis sonidos distintos, y que combina hasta el infinito las sílabas ó grupos de sonidos ó sonidos compuestos; que aprecia el valor de las emisiones con la exactitud de intensidad, de duración y belleza con que aprecia el valor de los otros fenómenos, y que ha inventado por fin el arte de la música y la ciencia de la acústica, tiene que ser por fuerza, sin que le cueste ninguna educación, ningún trabajo, ningún estudio, por lo menos un diapasón elemental. Así, todos hablamos recoriendo escala arriba y abajo, insinuando pases ó series diatónicas y cromáticas y punteando medios tonos y comas; sino que la costumbre de oirnos y de oir á

los demás nos hace inadvertidos á estas cadencias é insensibles á estas apreciaciones. Un sencillo ejemplo simplificará lo que quiero decir: cuando nos ausentamos algún tiempo de una persona que hemos tratado mucho, al volver á oir su voz, sus peculiares inflexiones y su individual manera de expresarse, nos sorprendemos con agrado, y hacemos sensacionalmente un trabajo reflejo: no es que su voz y su estilo hayan cambiado, es que habíamos echado en olvido aquella particular y antes acostumbrada melodía, y ahora la recordamos emocionados, como cuando volvemos á escuchar después de muchos años las campanas de nuestra tierra.

Pues, bien; así como hay idiomas diversísimos, cuya entonación nos parece muy sonora ó muy áspera, aunque se hayan derivado del mismo tronco, debiendo aquella suavidad ó dureza á las modificaciones que el clima, el modo de vivir y el carácter marcan en el lenguaje del hombre, así un mismo idioma hablado en una región muy ex-

tensa va mostrando de sí modalidades análogas á las que las distintas agrupaciones de familias van sufriendo conforme á la posición geográfica, á las ocupaciones y al genio de la raza. Los idiomas nacidos en climas ardientes, formados por pueblos navegantes y trasmitidos á generaciones de marinos y pescadores, impregnados de la alegría del mar, de la libertad de la vida errante y acostumbrados á los frecuentes goces del peligro superado, de la ausencia acabada, de la fortuna sorprendida y vencida, informan su sonoridad en una serie de inefables cadencias que riman, por decirlo así, el idilio de su vida dentro de la curitamia de su poético medio ambiente. Si estos idiomas suben á las cordilleras y se dilatan por los continentes, su expresión dulcísima se va engrosando de asperezas y de escarpas, hasta diferenciarse tanto de la primitiva como el manipular del remo y de la red del manejo del arado y de la barreta minera. De contrario modo, una lengua originada en las serranías, al extenderse á los

campos y á las tierras bajas, pierde paulatinamente su rigurosa monotonía primera y adquiere elasticidad y soltura cuando más se aproxima á las playas. El montañez y, en general, el habitante de tierra firme amolda la expresión de su habla al compás del paso firme de la bestia en que cruza los campos; el morador de las costas y de las islas modula en lenguaje el capricho de las ondas que le llevan y de la inestable barquilla que le sustenta. De esta manera el latín, en las costas de Italia por los errabundos nautas troyanos, sumamente expresivo y sonoro de suyo en sus principios, fué tornándose rudo cuando los romanos habían invadido el continente viejo, hasta degenerar en bárbaro hacia la decadencia del imperio; y de esta manera el castellano, oriundo de esta baja latinidad en las montañas de la antigua Castilla, no recobró la elegantísima extensión de la lengua madre, sino al perder su agreste simplicismo, cuando la secular reyerta morisca lanzó á los mares la población de España, y cuando el Nuevo

Mundo la atrajo hacia sus playas risueñas.. .....

No sé si quedará satisfecho el lector con esta teoría *en croquis* de la sonoridad y belleza de las lenguas; pero le ruego, si se le ofrece la ocasión y recuerda estas páginas, trabe conversación á la vez con un madrileño y un santanderino, ó bien con un extremeño y un sevillano, ó, para no salirnos de nuestra tierra, con un guanajuatense y un mazatleco.........

Decía, pues, que las californias tienen una tesitura de voz como si les hubiesen educado el habla *exprofeso*. Comienzan una frase generalmente por la nota más alta, y después de recorrer arriba y abajo una serie de sonidos con que van dando singular expresión á sus pensamientos y singular dulzura á sus palabras, vienen á concluir en la nota baja inmediata á la en que comenzaron, ó un semitono junto á ella. Semejante modulación, unida á la gracia natural y nada afectada de su acción y gesto, y al timbre sonoro de la voz llena, madura, flexible, resonante y pode-

rosa, presta á sus conversaciones tal encanto qué deleita y no se quisiera dejar de escucharlas. No está de sobra hacer notar que á este encanto contribuye copiosamente la facilidad que de conversar adquieren desde niñas, pues las familias no tienen aquí por lo común otra distracción que visitarse las unas á las otras en las horas de descanso, ni otro recreo que platicarse mutuamente sus asuntos domésticos, sus alegrías, sus pesares ó sus amores. Tampoco está de sobra observar que hablan el idioma con bastante propiedad, debido sin duda á que el aislamiento del Territorio no ha consentido como en los demás centros poblados de Méjico, la introducción de neologismos y barbarismos en que tanto abunda por desgracia la lengua en que hablamos los mejicanos. Provincialismos cuentan muy pocos, verbigracia: de una flor que se marchita, dicen que está *churida*; á los centavos les dicen *jolas*; de una falda rabona, de un bastón pequeño ó de cualquiera otra cosa inusitadamente chica, dicen que es *poche;* á un perro pe-

pelado, á una persona desnuda, á todo lo que le falta el pelo, la corteza, el vestido, la funda ó la cubierta le llaman *biche*; al que le faltan las pestañas; *pipisque*; al que tiene hambre *langaro*, al que está loco, *lurio*; al marrano, *coche*; á las curiosidades *curias*; y algunos otros másque no pasan de una docena....

Tienen también algunos giros no muy castizos, y entre ellos me llama particularmente la atención el siguiente, cuya textura no puedo explicarme, por que no tiene ilación gramatical ni lógica, y menos puedo imaginarme porqué lo usan hasta las personas más ilustradas. Cuando uno lleva á otro un recado ó le dá una razón de otro que le manda á decir algo, principalmente si tiene una duda, le dice, por ejemplo, ¿Que *sí* cómo sigue Ud. de males? Este *sí*, que me da cien patadas, por que no es allí ni pronombre, ¿ni partícula condicional, ni afirmativa, ni nada más que un disparate, lo he oido, repito, á los hombres y mujeres más distinguidos.........

Algunas de sus interjecciones, aunque

no muy elegantes, son muy enérgicas: así, cuando se dan una broma ó se dicen una chanza, exclama el chanceado ó bromeado —¡Ande, que......!—Cuando alguno rehusa el crédito á lo que le están refiriendo, para manifestar su duda ó su incredulidad, prorrumpe admirado—¡Ah, sí!—Por el contrario, cuando no le creen á él y le muestran su no creencia negándole el asentimiento, responde con la contraria exclamación:—¡Ah, no......!—Estas interjecciones y otras semejantes las pronuncian alzando la voz en la primera sílaba, haciendo una larga puntuación de suspensivos en seguida, y luego bajándola á la segunda en tono muy grave Cuando se admiran de alguna cosa inesperada, ó que no se la explican al punto, expresan su admiración—¡Pu .. ros! qué malo estuvo eso!—La primera sílaba es un gritito agudo, prolongado, como el chiflo de una caldera, y caen luego á la segunda, brevísima, opaca y que apenas suena......Entre el pueblo bajo no escasean los barbarismos. Incurren como los habitantes de todas nuestras

costas y aún los de las de España, en la supresión de las eses finales, substituyéndolas con una ligera y casi inperceptible aspiración gutural, parecida á la *h* de los ingleses, principalmente si la palabra que sigue comienza con letra consonante, que de lo contrario la aspiración es más tenue todavía.—Pongo por caso:—*Todaj laj cosah están así*: —en las dos primeras finales la aspiracion figurada con jotas, es más perceptible que en la tercera figurada con hache. El que haya oido á un andaluz puede hacer cuenta de que ha oido, punto más punto menos, esta manera de pronunciar de los californios ...... Incurren también, sin duda llevados de predisposición innata á la eufonía, en la costumbre de desunir las vocales cuando termina una palabra en dos de ellas no formando diptongo, y esta desunión la efectúan intercalando una *i* entre las dichas vocales y pronunciándola con la última en diptongo sonoro.

De suerte que las palabras *mío*, *río*, *veo*, *caos*, *duo* etc., vienen á ser entre ellos *miio*, *riio*, *veio*, *caios*, *duio*, de lo

que resulta una confusión y un *fraseio* de pésimo gusto.

Pero no dejaré de consignar, para honor de los marineros californios, y, en general, para de los demás de la costa del Pacífico— que de la del Atlantico no sé una palabra—que no obstante las rudezas, incorrecciones y demás desperfectos de su lenguaje tosco é inculto, no se ha corrompido aún en este litoral el tecnicismo de marina, es decir, que se conserva entre todos ellos al igual, constantemente y sin exepción, con la misma pulcritud y propiedad con que se haya escrito en los libros. No sé si la pureza del lenguaje técnico de nuestra gente de mar tiene por causa el que los patrones hacen sus estudios en buenos libros técnicos españoles, y con la misma pureza trasmiten sus conocimientos á los aprendices que hacen su práctica con ellos: sea cual fuere su origen, consigno el hecho, tanto más notable cuanto que entre nosotros no hay oficio en que no se hayan introducido corruptelas y solecismos enteramente desconocidos en castellano, sin ir más

lejos, en el lenguaje forense que á punto está de degenerar en galimatías.

Y cierro este artículo porque el velón á cuya luz escribo se está quedando *poche* ,y yo corro el riesgo de quedarme *pipisque*.

* —:=:— *

IV.

He alquilado una casa frente al mar. Desde su corredor amplio y fresco abarco hacia la bahia un horizonte espléndido de sesenta millas. Sus confines son la isla del Espiritu Santo, que distingo claramente como una manchita de musgo, y las cumbres occidentales de la cordillera que atraviesa por su centro la Península, y entre las cuales se iergue la cuesta de la Vieja........

Cuando se ha cumplido un deseo, nada más grato que paladear la dicha que nos ha traido con el mismo deleite

que un muchacho acaricia el juguete soñado, ó saborea la confitura cuya pasta sacarina le hace agua la boca. Para saborear, pues, el placer de vivir junto al mar, he instalado mi mesa de trabajo en el corredor mismo: me figuro que no debo escatimar á mi golfo querido ni una sola mirada, ni una sola página, ni un sólo pensamiento...... Mi alma es como florecilla recién abierta á la luz de una alegre mañana, y aspiro á plenos pulmones la brisa, y no me canso de ver las ondas, y me extasío pensando en las excursiones que haré por la costa californía y por el desierto, cuyo perpetuo sueño arrullan dos mares con eternas y tristes endechas.

He adornado mi corredor con carapachos de carey—uno de ellos mide cerca de un metro, y me ha costado ocho duros—he colgado de las paredes pieles de tamborillos disecadas, conchas de abulón del tamaño de un palmo, de brillantísimos y chillones colores.

En el pasadizo de la puerta de entrada he mandado colocar á guisa de es-

caños dos enormes vértebras de ballena, en las cuales puede sentarse un hombre á la altura de una silla. De una pesadísima aleta del mismo cetáceo, tan larga como mi bastón, tan ancha como mi espalda y tan gruesa como mi muslo, he formado un trofeo en mi sala, colgándola junto á dos espantosas mandíbulas de tintorera, por donde cabría yo mismo sin rozarme los hombros. En mi escritorio los pisapapeles son conchas burras, colmillos de cachalote ó valvas de Venus. Mis portaplumas, mi navaja, mi fosforera, mi peine, mis mancuernas, mi cortapapel, mi portalapiz, mi cajita de obleas y la vaira de mis anteojos son de carey puro. A mi cabecera he puesto una pequeña jábega de cáñamo, un anzuelo con gruesa piola enrollada, un par de diminutos hipógrifos marinos, un tonelete en miniatura y un pailebot de cuarenta centímetros con todos sus aparejos de jarcia y velas.........!

He comprado una amaca: la tiendo de largo á largo de pilar á pilar, y he aquí que cuando pruebo á acostarme

en ella, me mareo como en un mal balandro, siento náuseas, y me apresuro á saltar en tierra, acogiéndome á mi confortante sillón de mimbres y muy convencido de que todas mis curiosidades marinas. todos mis trofeos de huesos monstruosos y todos mis aperos de pesca; no me han de hacer más marino que los desfiladeros y escarpas de mis montañas natales, donde apenas ví más agua en mi adolescencia que la que se despeña en borbotones azules de la cuenca de la Cebada ó de la cumbrecilla de Malanoche......He mirado hacia la pared, aún no bien repuesto de mi mareo en la amaca, y me parece que las mandibulas de la tintorera me hacen una mueca burlesca, como diciéndome: —¿Qué tal?......¿Te atreverás tú conmigo? Y un ligero escalofrío me hace estremecer y exclamar cómicamente:

¡Aprieta!...........

Vaya ¡no me importa! Diga lo que diga la tintorera y aunque no llegue jamás á lograr tenerme en un pie en chalupón de ancha quilla, ni á descabezar un sueño en mi amaca, marino

soy ¡vive Dios! y tan marino como si hubiese nacido junto á los vados del más resonante oleaje.

Vamos á verlo...............

Lector, cuando oigas hablar de la cocina california, y principalmente cuando te invite un californio á su mesa, haz favor de desplegar de par en par las alas del espíritu, de izar de lo más alto del deseo las velas del apetito, y de dejarte conducir sin reserva y sin miedo á todas y cada una de las suculentas salsas y sabrosos platillos que voy á presentar á tus ojos.........

Se abre el banquete—hablemos en estilo militar, porque toda la comida es una marcha de triunfo—se abre con una descubierta de ostiones frescos, servidos en sus propias valvas, y nadando en su deliciosa agua salina. En una escudilla hay limones partidos para rociar el marisco, ó bien según el gusto de cada comensal, brilla en otra salsera polvillo de pan tostado y pimienta molida, del cual se pringa el ostión con una cucharilla y se le acompañan algunas gotas de salsa de Rava-

chol, que, como su nombre lo explica, es furiosamente picante, fué inventada y bautizada por un californio, uno de esos hombres sin hiel, encarnados en la quinta esencia del buen humor, de excelente gusto culinario y de corazón mucho más excelente todavía, á quien me place consagrar este recuerdo en honor de su salsa.........

Después de los ostiones, que no son más que el aperitivo, no obstante que se reparten á veinticinco por cabeza, se sigue la sopa de almejas cocidas en leche. Pescadas en la playa el mismo día, blandas y suavísimas, se las cubre con una ligera capa de yema de huevo, y en seguida se las sumerge un poco en puré de papa, lanzándose las pelotillas á la leche condimentada por el estilo del consomé ruso, con pedacillos de zanahoria, apio y queso rayado. Este plato prepara y fortalece el estómago para recibir el jubiloso é inponderable manjar siguiente: los cayos, son la ostra de la madre perla que, destripada de su preciosa carga, se adereza con salsa de tomates y especias. Como es

uno de los manjares más apetitosos y positivamente agradables de la costa, se consume de ellos una gran fuente y es necesario para continuar comiendo sin peligro de indigestión, destapar una botella de vino del país, de uva pura, fabricado en la misma península. Vienen ahora los huevos fritos, que nada tienen de particular, sino que se comen con delgadas tortillas de harina tamañas como cuatro de las usuales de maíz. El beafsteak frito en manteca de leche, adornado de pimientillos y guindillos en salmuera, conservados así durante la larga sequía; las aceitunas y los rabanitos autorizando un bonito lomo de cerdo, medio sumergido en salsa negra de vino tinto y abrumado bajo una montaña de papas fritas en crudo. En su compañía, la ensalada de lechugas frescas, aromadas de rico vinagre y lustrosas de aceite finísimo, abren el corazón á la segunda copa, y disponen alegremente el ánimo para recibir con festejosa alegría el verdadero plato favorito, la suculenta especialidad california, la distinción clásica de esta me-

sa, sin la cual toda la convivialidad resulta triste y el mayor derroche culinario parece pobre y mezquino.

En ancho platón de porcelana, que semeja más bien por sus dimensiones una bandeja ó una sárten de panadería, es conducido á la mesa el ideal gastronómico: es el pecho de la tortuga *caouama*, especie sabrosa del golfo, cuya carne supera á la de la gallina y es tan suave y sabrosa como la de la perdiz. La colosal pieza recuerda los rellenos de Lúculo, repletos de *omni re digestibile*, porque dentro del pecho de la caouama ha puesto el cocinero picadillo, papas rebanadas, trocitos de almendras y nueces, menuzas de legumbres y manzanas, uvas mondadas, pedazos de jamón, caracolillos.........y no pudo saber cuántas cosas, porque el apetito propio y la alegría de mis anfitriones no me permitió hacer una enumeración más minuciosa.

Creí que la ración de mi plato, si le daba fin y postre, sería capaz de llevarme á la cama por muchos días; pero al ir viendo que se me agotaba de muy

buena gana de mi parte, tentado estuve de hacer lo que aquel buen jesuita alemán, que llegando peregrino á una casa profesa de España, y viendo que ponían en la mesa junto á él un gran pavo relleno, se le apropió todo para sí diciendo, «*Optima prortio! in mea povintia tantum dimidiam dabatur.* Magnífica ración! en mi provincia solamente nos daban la mitad!» y se engulló el pavo tranquilamente.........

La alegría de vivir, que nunca se siente tan sensualmente, digámoslo así, y en el sentido honesto de la palabra, como en una mesa en que reinan la franqueza y la cordialidad, hizo que poco á poco, de trocito en trocito, el platón de la caouama fuese quedando vacío, y que destapásemos una tras otra hasta tres botellas de generoso vino. Hemos apurado el café soltando irreverentemente la balumba de frutas, pastelillos, cakes americanos, pudings y postres de todo genero que seguían en decoroso cortejo al pecho de tortuga. ¿Quién era capaz de apurarlo todo? Y he omitido, pero lo consignaré por fin

en gracia de la veracidad, que hubo también su cabrito asado, un hermoso adobo de queso añejo, sesos tatemados de vaca y otras curiosidades de esta especial cocina, que no consumimos por dar la preferencia al fabuloso pecho y á los otros mariscos........

Un veguero veracruzano dió término á nuestro festín. He llegado á mi casa aun fumándolo; y al arrellanarme en mi sillón de mimbres sin acordarme para nada de mi amaca, he alzado la vista á las horribles mandíbulas de la tintorera, y entonces yo he sido quien ha preguntado.

—¿Que tal?

Y Creo que me han respondido:—

Si, si te atreverías con una de nosotras!............

FIN.

Cuentos Californios

LOS PESCADORES

CUENTOS CALIFORNIOS

LOS PESCADORES

El tío Julepe soltó la amarra y en tres brincos se puso delante del timón del esquife.

Gerardo y Melquiades habían cogido los remos. Empujaron la embarcación mar adentro, después de virar en redondo y á la voz de mando del timonel, que con un grito parecido más al relincho que á la voz humana, les ordenó con estridencia: *Salid avante!*

Surcaron la pequeña rada. Doblando entonces el montecillo de la Gariña, que al dilatar su falda sobre las aguas forma un cabo peñascoso y blan-

quecino, llamado por esta última circunstancia Cabo Calizo, se perdieron lentamente en el horizonte, hasta semejar el velacho del esquife un ala de gaviota, y hasta desaparecer por fin, del radio visual de los ojos de más alcance.

En el momento en que doblaron el Cabo Calizo, se ponía el sol espléndidamente de cara al promontorio.........

La gira de los pescadores estaba proyectada no más lejos que á la isla Negrita, en cuyas ensenadas y esteros solía cogerse abundante pesca de totoabas, cabrillas, lisas y pargos, amén de algunas mojarras y una que otra tortuga.

De ocho millas era la faena, y los tres se prometían, si soplaba buen viento, arribar á la Negrita antes de las nueve. Aprovecharían la obscuridad cerrada de la noche, pues es sabido que las tinieblas favorecen la abundancia de la pesca, y antes del amanecer retornarían al puerto.

La tranquilidad augusta del océano y la limpidez intachable del firmamen-

to, daban confianza á los pescadores; y así, sin hablar palabra, batían los remos poderosamente. No se oía á bordo otro ruido en medio del silencio magestuoso, que el roce de los leños en las chumaceras. y el sonoro clapotear de las ondas.

El tío Julepe, con la seguridad de su larga experiencia por aquella ruta que acostumbraba á surcar desde los seis años— y á la sazón se afeitaba ya setenta y cinco— no cuidó del rumbo de la Negrita tanto como tuvo que lamentarlo al siguiente día. Sólo una vez, cuando la obscuridad de la noche borró del horizonte la silueta de la Gariña, y al propio tiempo un vientecillo hinchó el velacho, indicando el descanso á los remeros, alzó el patrón los ojos al cielo para orientarse con las estrellas.

No lucía ninguna en el firmamento. La transparencia de la atmósfera, de nitidez profunda y casi inalterable en las primaveras del occidente de Méjico, habíase empañado poco á poco y á escasa altura del mar con un inmenso toldo de niebla que, sin amenguar muy

sensiblemente la ténue claridad de la noche, hacía debajo de los astros el mismo efecto que una pantalla de vidrio delustrado delante de una lámpara.

Para consuelo de Julepe y sus hermanos, el viento, que, según opinaron por unanimidad, les soplaba de popa, era bastante segura indicación, para el más novel nauta, del derrotero hacia la Negrita.

Para reforzar la andadura, pues el viento no era recio ni con mucho, discurrieron presentarle una superficie más dilatada, izando al propósito del mismo débil mastilejo que sostenía la vela, otra que servía á maravilla para figurar la disposición llamada *de oreja de burro* en los aparejos de algunos pailebotes, y que consiste en abrir obtusamente dos alas del velamen á babor y estribor.

Podía decirse que el esquife se deslizaba ligero. Los remeros se frotaron las manos, sin decir chus ni mus, y se echaron indolentemente en el fondo del bajel. El tío Julepe sin soltar el ti-

món, se hizo un lio en la manta, y ojeando por los cuatro vientos cardinales, como si sintiese que alguien le acechase, satisfecho de su escrutinio empujó dos veces sobre los labios una botella que de seguro no contenía agua, y aguardó tranquilamente á notar la proximidad de los bajos de la Negrita, por la reventazón de olas que nunca falta en sus orillas.

Media hora después el vientecillo soplaba muy quedamente. A los cinco minutos las velas cerraron *la oreja de burro*, y á los otros cinco sonaban los rizos, como en un tambor flojo y roto, sobre las lonas rugosas y colgantes, parecidas á los músculos de un rostro viejo. La calma era completa y la niebla más baja y espesa. Gerardo y Melquiades estaban otra vez en sus puestos.

El patrón dijo de pronto:

—Hoy es el veititrés: vapor seguro en el puerto dentro de pocas horas. Si no hemos perdido el rumbo, á poca distancia estará la Negrita. De todos modos con la niebla no se podrá arri

bar; pero evitaríamos que el vapor nos hiciese pedazos, pues no pasa á dos millas de la isla. Si no me equivoco, dentro de una hora, á todo alargar, estaríamos dentro del radio á que no se atreven los grandes barcos.........

Aquellos tres hombres curtidos en los peligros de la vida del mar, no disimulaban el terror que les infundía la posible colisión de un gigante con un enano. Las olas y el viento, con el brío y la pujanza de todos sus ímpetus, son algo al fin contra que se puede luchar, y sus embates casi siempre son de preveerse, de prevenirse y de esquivarse; pero ¿quien puede contra los horrores de la tiniebla? ¿Quien es capaz de prevenir las catástrofes con que amenaza una bruma encapotada?

Gerardo y Melquiades se santiguaron, parando los canaletes una bregada, en tanto que el anciano mayor reverenciaba por tercera vez la botella.
No se distinguía la superficie del mar por nuestros viajeros á cinco metros del batelillo.

—Mucho remo, muchas luces y mu-

chos gritos es lo que conviene, observó el menor de los intrépidos.

—Y mucho aplomo! añadió Gerardo.

—Y mucho vino! concluyó el tío Julepe, haciendo en aquella escena trágica el obligado gracioso de los dramas antiguos.

Encendieron á más del farolillo de proa izado á medio mástil, hasta tres candilejas de petróleo que distribuyeron á iguales distancias, y un hachón grueso de recina y sebo, cuya flama irregular y enorme rompía más espacio en la tenebrosa bruma que las modestas candilejas.

Julepe ordenó á sus hermanos que lanzaran con él un grito simultáneo, agudo y prolongado, repitiéndole cada medio minuto, y no descansasen de remar hasta sentir el bajo al pie del remo.

Arriadas las velas, el esquife corría sobre las aguas como debió de correr sobre el Leteo la barca fatídica de Carón en el infierno de los paganos. Las luces rojizas, las siluetas de los pesca-

dores y del esquife insinuándose apenas entre los abismos del mar y del cielo; y el triple grito agudo y luengo, al que el temor de aquellos infelices prestaba las inflexiones de la desesperación de los condenados, hubieran hecho recordar las escenas de Alighieri y de Wagner.

....

Dos horas de remar incesantemente, cansa á los más esforzados. Y como la fatiga suele mitigar el miedo, pues sucede en las batallas que la bravura se enardece en el instante de más riña y encarnizamiento, confiaban nuestros hombres, casi sin recelo, en que habían entrado en el radio que no traspasan las embarcaciones mayores al rededor de la isla Negrita. Redoblando su pujanza, si es que cabía esfuerzo mayor, prosiguieron con entusiasmo, como quien está próximo al remate de una empresa que ha costado mucho.

De pronto el tío Julepe ordenó el alto. Iba á lanzar la segunda bomba. Pero era preciso fortalecerse con un trago, convidando esta vez á sus hermanos.

—¿Qué sabeis de cierto si no habremos extraviado el rumbo? Y en este caso, ¿si estamos á salvo de una inminente colisión con un barco grande, ni dejamos de exponernos á no orientarnos en muchos días si la niebla persiste?

Gerardo, pensando en los víveres y el agua, dijo resueltamente:

—Soy de parecer que nos mantengamos en este punto, suceda lo que quiera. En dos días, en tres, si somos parcos, no tendremos hambre ni sed; y de aquí á tres días es posible que sepamos cual es nuestra posición en el océano. Quizas lo sabremos esta aurora misma.

Melquiades, apoyando la opinión de su hermano, observó que una corriente pudiera muy bien llevarlos más lejos sin que lo sintiesen, y así era necesario sostenerse en aquella calma y en aquel punto hasta rayar el día.........

Un pitazo lejano, en do grave, parecido al lamento de una gran bestia, hizo estremecer á los pescadores, y sintieron que un frío de muerte caía en lo más hondo de sus huesos. El barco de vapor, teniendo en cuenta la conducti-

bilidad del sonido á través de la bruma, debía de estar á media milla á lo sumo. Tras este silvido escucharon otro, y otro y otro, y cada vez más cercanos.

Los tres hermanos esperaron impávidos. Era inutil toda escaramuza. El foco de luz más potente del barco no podría ser vistc, para evitar su choque, sino á muy corta distancia, por lo que, supuesto su andar mínimo de cinco millas, nada podía salvarlos.

Abrieron mucho los ojos y apercibieron más los oídos, mirando y escuchando á través de la sombra.

Las pitadas se oyeron más y más lejanas, luego casi no se sintieron, y luego ni un rumor siquiera; la lobreguez y el silencio en torno de la barquilla.

En consecuencia, el barco había pasado cerca de ellos. El chiflo ronco y grave era el del "Sydney", de la "Pacific Mail C?" como la reconocieron los pescadores. Luego estaban sobre la ruta de la isla; muy cerca del estero. Un esfuerzo más y tocarian el bajo arenoso.

Volvieron á la carga con la tranquilidad de quién torna á sentir el alma en el cuerpo. Un cuarto de hora más y tropezaron los canaletes con la arena de la playa.

Aquello era hecho. Vararon la embarcación con facilidad. Comieron de lo lindo. Difirieron la pesca para la noche siguiente. Las emociones, el cansancio y la digestión les brindaron con una copiosa ración de sueño.

Cuando la temprana aurora del veinticuatro de mayo disipó la neblina é iluminó la costa y el mar, tres alegres carcajadas la saludaron desde el esquife. Se hallaban los pescadores al pie de la Gariña, bajo los cantiles del Cabo Calizo, y á cien brazas del "Sydney" fondeado en el puerto!

EL AMIGO DE LA INFANCIA

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Cabalgaban por una arenosa carretetera de la Baja California, en tibia tarde primaveral y jinetes en flacos rocines de alquiler, tres abogados.

El más joven acababa de sustentar su examen académico el otoño anterior en Guadalajara. Llamábase Berto Maya, y era aquel viaje el prólogo de su primer pleito: iba á embargar al dueño de un cortijo cercano á la Paz, por adeudos con una casa fuerte. El que se le seguía en edad sólo acompañaba á los otros dos, sin que le llamase nin-

gún interés al cortijo más que el de esparcimiento y paseo. El tercero era el escribano de diligencias, que se dirigía á practicar el embargo en nombre del juez.

Sin particularidad digna de mención, que pocas veces la ofrecen aquellos caminos destartalados, solitarios y ardientes, apeáronse á poco andar los tres caballeros á la puerta de una casucha, en el cortijo de La Huerta. Preguntaron al huésped por el señor Chico Ventana, que era el deudor. El dueño de la casa, antes de contestar, ordenó á un mozo que atendiera á los caballos, desenjaezándolos y dándoles agua y pastos, é indicó después cortesmente á los viajeros la dirección de la casa de Ventana, ofreciéndoles él mismo su compañía para encaminarlos, lo que fué aceptado unánimemente.

Después de una caminata á pie, como de unos cuatrocientos pasos, los cuatro sujetos llamaban á la puerta de Chico Ventana.

Una señora de facciones nada vulgares, de aspecto simpático y de maneras

afables y exquisitas, hizo penetrar á los visitantes en un saloncito aseado y risueño, si bien pobre de muebles y éstos muy antiguos.

—¿Es esta la casa del señor Ventana? preguntó inclinándose respetuosamente el de Maya.

—La misma.........Pero tomen ustedes asiento—dijo la dama indicando el confortable estrado de cerda y dos ó tres sillas á medio desvencijar.

—Estos señores—dijo el guía sentándose en el corro y después que todos lo hubieron hecho—me han preguntado por tu casa y he venido á acompañarlos.

El tuteo del guía indicaba bien claro su parentezco con la señora de Ventana: era nada menos su hermano.

—Estamos á sus órdenes: ¿A quienes tenemos el honor de recibir?

—Abás Cano—dijo éste presentándose y sucesivamenre señalando á los otros dos,—el señor Cortina; el señor Maya.........Mis compañeros traen un asunto con el señor don Chico.

La dama pareció no haber oido es

to último, pues tenía los ojos fijos en Maya, y casi lo escudriñó un instante de pies á cabeza.

—Mi marido—advirtió al cabo de dos segundos—se halla en el campo y su regreso no tardará media hora..... Y dispénsenme ustedes—prosiguió dirigiéndose á Maya—¿no es usted hijo del señor don Fabián? ¿No es usted de la Paz?

—Si, señora; soy de la Paz y mi padre es Fabián Maya......

—¿Quién de los Mayas es usted? prorrumpió la señora en ademán de arrojarse al cuello de su interlocutor.

—Berto......

—¿Berto? ¿es posible? con que tú..... con que usted es Berto?...Sí no me cabe duda. Bendito sea Dios, dijo echándole al fin los brazos y estableciendo el tuteo sin escrúpulo y con cierta autoridad de madre ó de nodriza: Y qué grande estás, muchachote! ¿No te acuerdas de mí? ¿No te acuerdas de mis hijas, que jugabais juntos? Señores, créanlo ustedes: Berto se ha criado aquí, á mis pechos, aquí creció en el cortijo

hasta los cuatro años ....Jesús! Que gusto le va á dar á Chico de verte!...... Dolores! Ana! ... . .con permiso de ustedes .....muchachas, albricias!......

El abogado Maya, haciendo recuerdos, halló que efectivamente había pasado su infancia en el campo......allí debía de ser. Su posición de ejecutor de los bienes de aquella familia era por lo tanto delicadísima, casi vergonzosa. No sabía que decir y se limitaba á sonreirse y á aprobarlo todo con la cabeza. Tenía el rostro encendido. El asombro de los otros dos no era menos cómico.

—Efectivamente— murmuró Cano por sacar de apuros á su amigo, y dirijiéndose al hermano de la esposa de Ventana, que también se había colgado con entuciasmo del cuello de Berto—efectivamente, nuestro amigo ha venido á visitar á ustedes; nos hemos unido los tres en la carretera; pero nuestro objeto . ...venimos.........

No pudo concluir porque la de Ventana volvía del corredor trayendo á remolque á dos muchachas lozanísimas,

altas y garbosas, que sin tapujos ningunos se abalanzaron al contristado Maya, tuteándolo y haciéndole mil preguntas y mimos.

El escribano, apenadísimo, metió con disimulo el expediente en que Maya pedía y fundaba la diligencia, debajo de su ancho sombrero colocado en una mesita.

Ana y Dolores trajeron sillas de dentro y se instalaron á entrambos lados de su amigo de infancia y hermano de leche comiéndoselo á miradas. La señora levantando la voz desenfadadamente, ponderaba ante el escribano lo enorme de su gusto.........

.........Un gusto piramidal, como nunca lo hemos esperimentado en este desierto—decía recalcando *desierto* con inperceptible dejo de tristeza, que tan bien delataban lo desmantelado de la estancia como el pobre vestir de las niñas.

El tío de Ana y Dolores comentaba así mismo junto á Cano el crecimiento rápido de Berto, sus estudios fuera del país y su repentina aparición en el lu-

gar de su niñez. La conversación era animadísima aunque sólo la gastaban los del cortijo: las exclamaciones, preguntas, asombros y agasajos al inesperado mancebo rayaban en algarabía.

Maya, educado desde muy jóven, casi niño, fuera de su casa, y no habiendo regresado sino después de la conclusión total de sus estudios, no tuvo quien le recordara á aquella familia, á la cual había echado en olvido si bien en las presentes circunstancias redivivían muy claras en su imaginación las memorias de sus primeros años; las siestas bajo los árboles, las toronjas hurtadas, el escondite y mil juegos y travesuras que patéticamente y con indubitable exactitud le relataban las niñas.

—Pero Dolores, mujer, obsequia á Tebis con un trago del blanco de La Purísima, exclamó la de Ventana.

Tebis hera el nombre de cariño que daban á Berto en su niñez, y el blanco de La Purìsima el mejor vino de vid de la Baja California, el cual toma su nombre del de la aldea en que se produce la riquísima uva de que procede

El delicioso vinillo fué traído en sendos y harto capaces vasos, y su ingestión contribuyó felizmente á laxar un tanto la seriedad adusta del escribano, el embarazoso disgusto de Tebis y la natural mortificación del otro abogado.

Los ánimos de los interlocutores estaban con todo muy lejos de equilibrarse, y la presencia del Señor Ventana vino á arrojar un jarro de agua fría en el corazón de los tres abogados, que apenas comenzaban á sentirse calientes.

Verle venir la esposa, dar un brinco, salirle al encuentro, asirle de la muñeca derecha, introducirle en la sala y gritarle á voz en cuello: Aquí está Tebis! Albricias! ¿Te acuerdas de Tebis?—todo fué uno.

El señor Chico abrazó al presentado con franca alegría; pero al echar una mirada en torno suyo, y al encontrarse sus ojos con los del escribano á quien ya conocía, y con los del otro personaje, quien por las gafas, el aire y las maneras le pareció asimismo gente de curia: al advertir que bajo el sombrero del escribano asomaba indiscretamente

la esquina de un grueso legajo, bien comprendió, supuesto también el mal estado de sus negocios y sus muchas deudas, que se le iba á hacer saber una determinación judicial que sería su ruina, la que se temía de tiempo atrás, y que su esposa, no sabedora de todos los compromisos de su cónyuge, no podía conjeturar tan próxima.

Sentóse el anciano grave y tristemente, no sin fingir una sonrisilla que acabó de helar á los contertulios......

Pero la consorte y las muchachas, no mirando sino el gusto de tener y obsequiar en su casa á su amigo, escanciaron segunda vez los vasos, repartiéndolos entre los concurrentes. Cano y el notario rehusaron; pero fué inútil su repulsa, por demás cortés, ante la invitación deque bebieran por Tebis y "por el honor que nos hacen ustedes," añadió la de Ventana.

—No extrañes—prosiguió dirigiéndose al santo de aquella fiesta, con insinuante y abierta naturalidad—que nuestra casa no sea la misma de aquellos tiempos.........Quiero decir, todo

cambia á su vez; nosotros, Chico y yo, nos hemos hechos viejos, la casa está casi en ruinas. Ha habido tantos años malos!... Ven, verás, sólo los graneros intactos, pero vacíos...

.........Pasen ustedes, señores. Ustedes me dispensarán la confianza......

Y los hizo recorrer aquel caserón viejísimo, el solariego de los Ventanas, único resto de la fortuna de la familia, y que también caería, aquella tarde misma, en garras de los acreedores.

Vuelta al saloncito y vuelta á escanciar, pero esta vez la repulsa de Cano y el notario fué definitiva. Tebis empinó el codo de nuevo, á pesar suyo, pues su resistencia fué tenacísima.

—No faltaba más—dijo la señora—estás en tu casa, lo mismo ahora que cuando te dormía en estos brazos. Hoy comes con nosotros sin excusa, ninguna. Y ustedes señores también acompañarán á Tebis.........

Aquella situación era ya intolerable. El Pobre Maya estaba hecho una lástima, su rostro revelaba con ansiedad el deseo de que sus amigos le librasen de

aquella escena humillante.........

—No nos es posible--balbuceó entre dientes.........

—Nos es preciso retirarnos--dijo resueltamente Cano—Si nuestro amigo Maya desea quedarse, nosotros prescindiremos de su amable compañía, muy contentos de que ustedes lo agasajen, como es justo. Pero el señor secretario y yo hemos venido á practicar con el señor de Ventana una diligencia judicial que nos mortifica, créanlo ustedes, con más razón desde que hemos recibido su obsequiosa hospitalidad y su amabilísimo trato.........

El escribano alentado con esta salida, sacó el expediente sin miramiento alguno. Berto Maya respiró satisfecho. Al menos no se creería que él, ingrato, había aceptado impasible llevar á aquella pobre familia el funesto *exequendum.*



EL BUQUE NEGRO

EL BUQUE NEGRO

Corría el año de gracia de 1716. Era el mes de octubre, y los padres de la misión de Nuestra Señora de Loreto no recibían cartas ni víveres desde enero.

La carestía era inmensa. Todas las tardes se sentaban, después de las preces públicas, á vigilar tristemente el golfo de Cortés, con la esperanza de avistar el barco protector que aguardaban hacía luengos meses.

Una de esas tardes, teniendo el reverendo padre Juan María Salvatierra su largo rosario entre las manos, inte-

rrumpió la piadosa devoción para señalar con el dedo á sus compañeros, que no lejos de allí rezaban, un punto negro y lejano que se percibía en el horízonte.

Este pecadillo de distracción, que el santo jesuita lloró como un niño el resto de su vida, escandalizó á los otros padres, los cuales no haciendo caso de la señal del P. Superior, continuaron su rezo impasiblemente.

Cuando todos hubieron concluido, les pidió perdón de su falta y que rogaran á Dios no fuese á hacer sentir su justicia sobre la misión en castigo de aquel pecado, cometido por el pastor de aquellas ovejas, en quien ellas sólo debian mirar ejemplos de exactitud, perseverancia y santidad en las buenas obras.

El punto avistado se acercaba á toda prisa. Indudablemente debía de ser una embarcación: así lo pensaban los padres y la gente que había acudido á la playa al saber la buena nueva.

Pero el caso es que aquello no tenía velas, ni al parecer mástiles. Veíase

sólo una masa negra que avanzaba rápidamente. ¿Sería un cetáceo? Inverosímilmente podía pensarse esto: la historia natural de aquel tiempo era bastante completa en lo relativo á monstruos marinos, pues todos los mares del mundo habían sido ya explorados......

Fuese lo que fuese, en las buenas almas de Loreto dominaba universal regocijo: sólo el P. Salvatierra parecía contristado como si temiese en el arribo del barco enigmático la caída de una maldición á su santa obra.

Acercose por fin la grandiosa mole, redonda como el dorso de la ballena, menos en la proa, donde, estrechándose y reentrando las convexidades opuestas, degeneraban en dos planos verticales que unían las lineas de sus extremos en un ángulo de setenta. Carecía de arboladura y velamen. Desde la línea de flotación podia medir de altura ó puntal hasta siete metros, y su largo ó eslora vendría á ser como de unos treinta y seis, con manga proporcionada á estas dimensiones. Por

las lucanas ó los ventanillos salía un fulgor verdoso y vivísimo. Su color ó pintura era negra, sin brillo ninguno, y su cubierta estaba coronada por tripulantes negros también. Eran las seis menos cuarto cuando fondeó sin ruido ninguno, á cincuenta brazadas de la playa.

El asombro hizo enmudecer á la colonia. Esta se componía entonces de algunas tres mil almas, y la piedad que los misioneros habían inculcado en todas, no menos que la frecuente escacez en que vivían hasta de lo indispensable para la vida, las habían acostumbrado á recurrir á la oración, en los casos apurados y á confiar sus destinos tranquilamente á la Providencia. Los más de los presentes á esta escena pensaban que Dios había escuchado las preces públicas que á la sazón habían ordenado los padres, así que, si bien no se explicaban aquella embarcación nunca vista, hallándola del todo diferente del pequeño bastimento *San Jaime*, único barquillo que por entonces los proveía, esperaban no obstante que

la llegada del buque sería el fin de la carestía. Recibieron, pues, al desconocido barco entonando desde la playa regocijadas alabanzas, levantando las manos al cielo y saludando á la tripulación negra con vítores y honores de bienvenida.........

Los jesuitas no las tenían todas consigo. Su superior ilustración les hacía rechazar de plano cualquiera teoría de navegación no fundada en los aparejos veleros, único sistema conocido hasta entonces; y no teniendo noticia de que se hubiese ensayado siquiera otro medio de locomoción por el mar, distinto del viento y del remo, á punto estuvieron de calificar de diabólico artificio la aparición del *Buque Negro*..... Su asombro no tuvo límites cuando vieron que cuatro negrazos horribles descolgaban desde la borda un batelillo color de ollín, y que por una escala de cuerda se deslizaba un hombre blanco, vestido á la usanza de los hijodalgos españoles, y que parecía ser el jefe de aquellos atezados tripulantes.........

Sentóse el caballero en el largo es-

caño de madera que flanqueaba el esquife, á su voz hicieron lo mismo los cuatro negrazos y se dirigieron al puerto á todo remo. El blanco llamábase Don Veremundo de la Garza y Contreras, natural de Villamadera, en el reino de Navarra: tenía veinticinco años y era hermano menor del duque de Torre la Mora. Esto rezaba un pasaporte en toda regla que presentó al P. Superior, simultáneamente pastor espiritual y representante del virrey en la colonia. La estatura mediana, la barba finísima, bien poblada y lustrosa, la nariz grande y graciosamente corva, la boca plegada en dos leves arrugas hacia las comisuras de los labios ternísimos, buena la sonrisa y astuta la mirada, despedida por dos ojos de un verde espléndido, como la barba y el pelo; tal es, en pocas palabras, el retrato del héroe de mi historia.........

Con aire señoril, aunque realzado por una conveniente modestia, con palabra fácil y persuasiva y con maneras de una cortesanía nada afectada, habló el personaje con los padres y los co-

lenos de cuanto fué oportuno en aquella ocasión: del mar, de España, del rey, del Nuevo Mundo, de los largos viajes, de la temperatura, de las misiones.....

Pero con prudentes reticencias y salvedades discretamente diplomáticas, se dejó en el coleto la explicación del enigma del barco negro, dando á entender que aplazaba la revelación del misterio para otro día; día que—sea dicho de una sola vez—ne llegó jamás; porque ni en las crónicas, ni en el archivo de la misión, ni en los papeles particulares de los jesuitas, se ha encontrado la clave de este singularísimo suceso....

Y como para abreviar á sus interlocutores del prurito de inquisición y examen á que parecía comenzaban á someterle, se apresuró á ponderar el inmenso cargamento de víveres y socorros que traía para la colonia, pidiendo el auxilio de gente y canoas á fin de abreviar la descarga. Esta noticia despertó en la misión el más extraordinario entusiasmo: canoas iban, canoas venían, y sobre la playa se apilaba en colosales balumbas enorme porción de sacos,

balijas, cajas, barriles y fardos y bultos de toda clase. Semillas, frutas, carnes saladas, mantas, sombreros, muebles, útiles de labranza, cerdos, ovejas, toros y vacas......de todo ello quedaba la misión abastecida para muy largo tiempo. La descarga duró cerca de tres días, durante los cuales á los colonos los tuvo sin cuidado el problema náutico del barco sin velamen ni arboladura, ateniéndose prácticamente á la solución en alto grado gastronómica, indumentaria y agrícola que les deparaba el botín enorme. Concluida la descarga, á las primeras sombras de la noche del diez y ocho de octubre, se alejó el *Buque Negro*, sin viento ni remos, con el mismo silencio de su arribo, y dejándose en la misión al hijodalgo D. Veremundo de la Garza y Contreras, muy agasajado de la colonia, en la cual había adquirido una popularidad que rayaba en veneración: cosa que nada tiene de extraordinario ni en Loreto ni en el resto del mundo.

Al Padre Salvatierra le supo muy amargo todo aquello aunque fuese

su huésped Navarro y hermano de un duque de la corte de España.

El recién llegado no traía entre los infinitos artículos de su cargamento, ni un solo paquete de rosarios, ni un lote de catecismos, ni un mal ornamento para iglesia, ni siquiera una estampa de santos; su devoción por otra parte, era un tanto problemática, pues desde su venida no había visitado ni una sola vez el templo de la misión, para dar gracias por el buen suceso de su viaje...... A efecto de tentar el corazón de aquel impío, ordenó el padre un *Te Deum* solemne, en acción de gracias por los socorros recibidos en el *Buque Negro*. El señor D. Veremundo concurrió al acto como todo hijo de vecino, sin distinguirse de los demás por otra particularidad, sino porque no hizo la señal de la cruz ni antes ni después del piadoso ejercicio; en lo cual nadie paró mientes...... Pero he aquí que, al concluir el cántico religioso y al volverse de frente á sus neófitos el buen padre para bendecirlos, sintió tan grande inmovilidad en el brazo dere-

cho, que apenas pudo levantarlo, y sin poder trazar en el aire la sacrosanta enseña, dejó caer la mano sobre el muslo con la pesantez del plomo y sin poder evitarlo. ....

Lleváronle de allí en brazos; porque era presa de tenacísima fiebre. Algunos días después, convaleciente y siempre triste, embarcose para la Nueva Galicia en busca de salud y reposo, y no pasó mucho tiempo sin que exhalase en Guadalajara el último suspiro. En las supremas ansias de la agonía, dirijiéndo la mortecina vista hacia el occidente, intentó bendecir de nuevo, aunque fuese desde tan lejos, la misión de Loreto, y sintió esta vez rebeldes sus nervios y pesada la mano, falleciendo sin derramar sobre sus catecúmenos el postrer sentimiento de su vida.........

Pero volvamos á Loreto. Don Veremundo, con las simpatías que le había conquistado su desmedida generosidad, con su despejado y siempre listo cacumen y con la fortuna que le acariciaba notoriamente desde su llegada á aquellas playas, comenzó á prosperar

en grande en todas las empresas que acometía su audaz y nunca dormido carácter. Expediciones de buceo, plantíos de cereales, cabotaje por su cuenta en el golfo, exportación de vinos y frutas: cuanto intentaba le colmaba de riquezas, al inaudito extremo de que á fines de 1718, sus tesoros eran incalculables. De cada valva sacaba una perla, de cada semilla un mundo de semillas......

No sé si mis lectores estarán de acuerdo conmigo en que no hay en este asendereado planeta cosa alguna que más despierte la envidia de los mortales, que ver que el prójimo se hace rico. ......Lo cierto es que las gentes de la misión comenzaron á murmurar de D. Veremundo, cosas maravillosas y nunca oidas. Decíase que su riqueza era dádiva demoniaca. Que un papel trazado de gruesas líneas negras, que á nadie había dado á leer D. Veremundo, pero que éste ojeaba de vez en cuando sentado en la playa, contenía el convenio, firmado de puño y letra de ambos contratantes, mediante el cual D

Veremundo trasfería á Satanás el dominio de su alma, con exclusión de los derechos de Dios y á cambio de riquezas; y para confirmar este dicho añadían que á la fin ó á la postre, el *Buque Negro* se le había de llevar en cuerpo y alma. Finalmente, que la decadencia de la misión no tenía otra data que el arribo de Garza, á quien debía atribuirse asimismo la parálisis aguda del brazo del P. Salvatierra, así como su inesperada y prematura muerte........ Y en estas y otras sēmejantes pláticas, esparcidas primero *sotto-voce* y trasmitidas después de padres á hijos ya con mayor libertad y garrulería, porque D. Veremunbo se iba envejeciendo y tornando en débil estantigua, transcurrieron hasta cincuenta años, sin que por lo demás, en el lapso de este tiempo dejasen, los buenos feligreses de Loreto, de solicitar y percibir en pingües demostraciones, contantes y sonantes, los desbordamientos de la liberalidad siempre inexhauta del hijodalgo. Y esto prueba otra sencillísima observación que me ocurre, si á

mis lectores no incomoda, y digo me ocurre, no porque sea nueva, sino porque viene á cuento, y es que nada hay en esté bajo mundo que armonice mejor las voluntades y trueque en servidores obsequiosos á los malquerientes, como la generosidad y largeza en las dádivas; y así, don Veremundo, aunque visto con desconfianza y antipatía, no tuvo en torno suyo más que atenciones, servicios y alabanzas. Sólo le abandonaron sus convecinos cuando cayó en cama, atacado de extraña dolencia que nadie diagnosticó ni pudo curar en la colonia.

A pocos días de estar enfermo don Veremundo, volvió á avistarse el *Buque Negro* desde las playas de Loreto. Con rapidez inusitada en embarcaciones comunes se acercó al puerto silenciosamente, sin velámen, ni arboladura, ni jarcias, lleno de una intensa luz rojiza que se veía á través de los vidrios de las lucanas y lumbreras, y movido por no se supo qué fuerza misteriosa. Salieron á cubierta cuatro negrazos, descolgaron un esquife, se me-

tieron en él, remaron hasta atracar en el desembarcadero, saltaron tres de ellos en tiera, y se dirigieron á la casa de Garza y Contreras, lo levantaron en brazos y envuelto en sus ropas de cama lo embarcaron en el batel negruzco, volvieron á remar hacia el *Buque Negro*, á donde subieron con el moribundo, y zarparon sin rumor y con rapidez; perdiéndose bien pronto de vista el barco maravilloso en las lejanías ensombrecidas de la mar, que ya empezaba á obscurecerse con el capuz de la noche.

—:o:—

LA CUEVA DE LOS
MURCIÉLAGOS

LA CUEVA DE LOS MURCIÉLAGOS

———«O»———

Viniendo de San José del Cabo por tierra, camino de La Paz, se llega al atardecer del primer día al puertecito de Buena Vista. En este Buena Vista hay un rancho, y en este rancho un dueño ó administrador, no lo supe á derechas, que es lo que se llama á boca llena una excelente persona, de cuya franca y agradable hospitalidad se hacen lenguas los viajeros que por allí han pasado.

—Le llevaré á usted, me dijo una noche, á ver la curiosidad única de este rancho, si usted gusta. Es La Cue-

va de los Murciélagos, que enseño á cuantos pasan, y que me imagino que debe de tener una historia interesante, aunque yo no la sepa.

Y echó á andar delante de mí, en dirección de un cerrito que no lejos de la casa verdeguea de matas silvestres. Llegamos á la falda, en la que se abre un agujero cosa de tres varas de alto y poco más de una de anchura. Detúvose el guía á corta distancia de la gruta, hizo ruido con una tira de hojalata chocándola contra las piedras, encendió una mecha de resina y salieron por la negra boca de la caverna en pavorosa bandada infinidad de murciélagos, entre aturdidos y alborotados, como protestando contra la invasión de su *sleeping room.*

Cuando los habitantes de La Cueva hubieron desfilado dispersándose por el cerro sombrío, penetramos en el agrietado y sucio agujero; y como no viese yo nada de notable ni de agradable en aquel recinto, no creyendo que mi obsequioso huesped me hubiese llevado allí sólo para presenciar una revista de

ratones alados, se apresuró á decir como contestando á mi actitud interrcgativa:

— Allí en esa pared-é hincaba la punta de su largo bastón de aleta de ballena en el muro del fondo de la Cueva —allí estubo enterrada Marcelina Ponce Terriquez...... Pobre muchacha!
Yo le contaré á Ud.........

Y salió sin hablar más, camino de la playa. Sentados en la ribera del golfo tranquilo, sobre cuyas levísimas ondas rielaba el astro de la noche en vísperas del plenilunio, reanudó su plática mi huésped con estas ó parecidas razones:

—Hace diez años, entrando yo una tarde en La Cueva para sacar unos aperos que allí tenía guardados, dí un barretazo á la buena ventura y como una acción nada más ociosa y casual, en la pared que sirve de fondo, y la barra de hierro se deslizó de mis manos hacia adentro de la roca, como si hubiera picado en tierra floja y recién removida. Instigado por la curiocidad, participé el suceso á un hermano mío, y entre los dos escavamos el muro con esperan-

za de encontrar un tesoro. Habíamos oido contar muchas leyendas sobre hallazgos de dinero, y confieso que al practicar la excavación me hallaba convencido de que la fortuna me había trocado, de ganadero pobre y lleno de afanes, en un Creso californio. Lo que sacamos mi hermano y yo no fué dinero ni cosa que lo valga, sino un esqueleto de muger, bajo cuyas ropas, en una tira bastante ancha de lino perfectamente ajustada á la cintura á guisa de ceñidor, y medio carcomida y deshilachada, pudimos descubrir algunas letras, después de limpiarla cuidadosamente y remendar unos con otros los raidos pingajos. La inscripción no pudo rerevelarnos una frase, una sola palabra completa. Era nuestro deber avisar á la justicia de tal hallazgo, en que forzosamente mirábamos la huella de un crimen, y así, el juzgado se hizo cargo de los restos de la víctima, llevándolos á La Paz juntamente con lo demás que se encontró, inclusive la faja ó cinta de lino. Yo reservé de ésta un facsímile exacto que sacó mi hermano,

y podemos ver aquí mismo á la luz de la luna .....

Y extendió mi huésped sobre mis rodillas una cinta blanca, en la cual aparecían marcadas con tinta negra las siguientes enigmáticas letras, bastante mal trazadas, pero de un notable parecido con las del original, según afirmó el de Buena Vista:

A MI MA
C TERRI MOR
N EL C D M P
M

Y nada más. Los espacios que debieran de ocupar las restantes letras estaban ilegibles en la inscripción original. Todo lo que el juzgado de La Paz había sacado en limpio era que la difunta había sido hija de Clara Terriquez Moreno, aun viva; que había sido casada y había dejado al morir unas tiernas criaturas; y estos únicos datos del proceso habían proporcionado al letrado la satisfacción de reconstruir la inscripción de esta manera, no sé si más poética que ingeniosa:

A MI MADRE

CLARA TERRIQUEZ MORENO
CON EL CARIÑO DE MIS POSTREROS
MOMENTOS:

á lo que uno de los curiales objetó que habiendo la muerta dejado huérfanos chiquitines, era natural que en sus últimos instantes los encomendase á su abuela; de modo que la segunda parte del letrero podía haber sido escrita en estos términos:

CON EL CUIDADO DE MIS PEQUEÑOS
MUCHACHITOS:

Esta nueva interpretación agradó muchísimo al público, cuya curiosidad quedó, si no del todo satisfecha en cuanto al hecho criminal, contenta al menos y bien pagada de la sabia hermenéutica de los curiales. Y como la averiguación estaba agotada, y como el desgarbo de las letras temblonas y asimétricas y la desigualdad de sus tamaños y espacios facilitaba el asenso á una ú otra conjetura indistintamente, el asunto quedó de ese tamaño; y poco á poco la polilla del olvido, que todo lo carcome y aniquila en esta pícara existencia, fué cayendo sobre la muy efíme-

ra de Marcelina Ponce, sobre su misteriosa muerte y sobre su clandestino enterramiento en La Cueva, y sólo quedó flotando en el aire, como los ténues vaporcillos que se elevan de los pantanos, la irremediable conseja con que la imaginación popular substituye ordinariamente la realidad terrible de las cosas que quedan ocultas: se la había llevado el diablo, y la caverna de Buena Vista estaba encantada........

—Desengáñese usted — dije á mi interlocutor cuando hubo terminado el relato que acabo de condensar en pocas palabras—la inscripción de Marcelina no puede ser un testamento de cariño. Aunque alabo la diligencia de las autoridades en este proceso, pero la reconstrucción de las frases de la muerta no pueden admitirla como el hasta aquí de la perspicacia. Esos recados de familia pueden dejarse y se dejan por lo común en cualquiera parte, donde se pueden ver á primera busca ó al primer paso dar con ellos de manos á boca. Una recomendación en favor de sus hijos, en tan sencillos y parentorios términos,

nada hubiera importado al matador de Marcelina que ésta la hubiera hecho, ni á ella se le habría ocurrido ocultarla pegándosela alrededor de la cintura. A mi entender, lo que ella quiso expresar en esa cinta, no iba dirigido á sus parientes, que no habían de venir á desenterrarla, sino á la justicia que más tarde ó más temprano pondría las manos en la investigación, y sacaría el cadáver de donde estuviese; y lo disparejas y saltarinas de las letras inducen á creer que fueron trazadas en un estado de excitación que precedió al acometimiento del asesino, que la ofendida estuvo amenazada y se dió tiempo de denunciar de este modo á su verdugo, que la firmeza y energía de los trazos, si bien de intermitente potencia muscular, no denuncian la mano debilitada por el dolor ó por la agonía, sino sobrexcitada por el temor y por la indignación y, en suma, que en el rótulo de la cinta debió de constar sin remedio el nombre del matador y quizas algunas de sus señas. . .

Y al decir esto trazaba yo en mi car-

tera, en pequeño y lo mejor que pude, un nuevo facsímile de aquel siniestro logogrifo.........

Dos años habían transcurrido desde ésta sesión de paleografía á la intemperie, cuando me desperté una mañana alegrísima, á bordo de una balandra pescadora, llamada *El Tinglado.* Me había embarcado la víspera en la isla Magdalena, y después de bogar toda la noche por la silenciosa é inmensa bahía de su nombre, miraba con regocijo la tierra, no por la incomodidad de la travesía, sino porque en el rancho de la Salada me aguardaba el almuerzo. Un ruido bronco y lejano, de inflecciones formadas al parecer de voces de animales, de caídas de cataratas y de zumbidos de vientos; un ruido que jamás había oido en mi vida me hizo preguntar con estrañeza qué era aquello.

—Es una bandada de aves marinas. dijo el patrón; á veces son tantas que obscurecen la luz del día por un rato, y meten tal bulla que ensordecen el aire en mucho espacio.

Pasó la bandada, á poco andar, sobre

nuestras cabezas; y celebrando la algarabía y multitud de tanto volátil, uno de mis compañeros de viaje, á quienes de sobremesa en la isla había contado yo el día anterior el caso de La Cueva de los Murciélagos, exclamó guasonamente:

—Si creía Ud. que nos iba á llevar el diablo como á la Ponce Terriquez....!

Estas frases de mi amigo produjeron una conmoción profundísima en un boga sentado enfrente de mí; un hombrecillo rechoncho, paliducho, picado de viruelas, casi lampiño, á cuyo labio superior tres ó cuatro pelos disparados hacia el horizonte le servian de mostachos, y en cuyos ojos, de un gris ceniciento que tiraba á vidrio deslustrado, relampagueaba en aquel instante, como nube azotada por el aquilón, una pupila satánica. Lanzó una mirada sobre mi amigo, luego la revolvió sobre mí con ferocidad tan espantosa, que me estremecí sin poder remediarlo, como si me hubiese asomado de pronto á los abismos de dos cráteres ígneos.

Pero allá muy adentro, en el fondo de

aquellos cráteres, bien advertí que al desplomarse las frases de mi amigo habían turbado una conciencia con tan impetuoso desasosiego, como si sobre un lago dormido se hubiese derrumbado de repente toda la masa de pórfido de la montaña de Las Tres Vírgenes...

El hombrecillo bajó los ojos, y disimulando su turbación lo mejor que pudo, se apresuró á enredar en el cuello un pañuelo rojo, para ocultar sin duda una lista amoratada de cicatrices que le cogía medio pescuezo, como si le hubieran atarazado, y se encaminó hacia la proa del barco huyendo de nuestra compañía. Una idea súbita y radiosa, como zigzag coruscante, me hizo recobrar en aquel punto mismo el imperio sobre mi espíritu, y llevé instintivamente la mano al bolsillo en que traía mi cartera de viaje.

—Oh! sí, sí; me decía interiormente á mí mismo y repasando el facsímile......

Había reconstruido la primera parte de la inscripción misteriosa.

Media hora después atracaba *El Tinglado* en una punta de *La Salada*: allí

estaba el guía que debía conducirnos á través del desierto. Vino á bordo á saludarnos y á transladar á tierra nuestras provisiones y equipajes, y cuando más entretenidos estábamos con su plática y bienvenida, he aquí que en medio del asombro y la estupefacción de todos el hombrecillo de las cicatrices salta en la playa y hecha á correr como un gamo, perdiéndose de nuestra vista entre la maleza y los paloadanes que recubren aquellos parajes

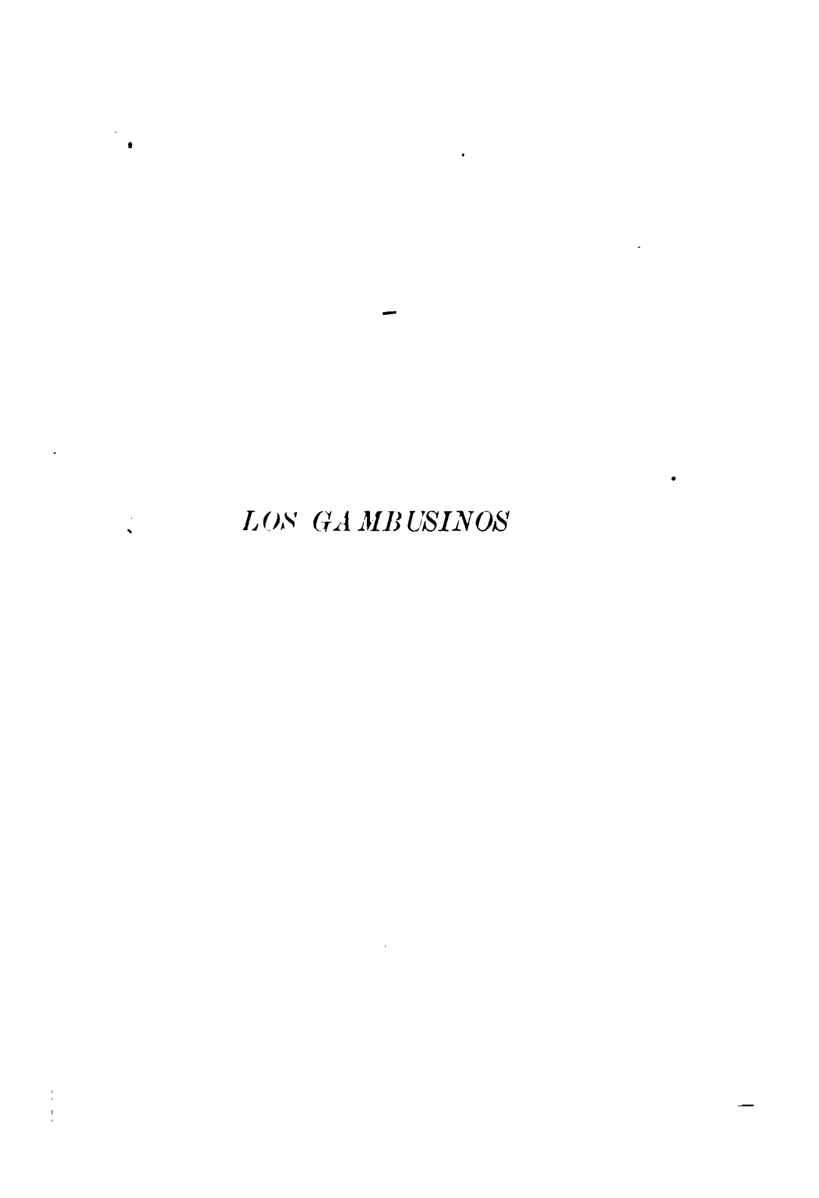
Pregunté al patrón por su nombre. En el rol traía asentado el de Dimas Velarde, y en un lío de trapillos que se dejó á bordo al saltar en tierra encontramos un documento: era un pasaporte autorizado por el departamento de Marina de Chile, en virtud del que, habiendo concluido Dimas Velarde el término de su enganche en la armada de aquella república, se le permitía pasar á las costas de Méjico.

La inscripción de Marcelina quedaba, pues, exactamente descifrada, si bien resultaba evidente que la infeliz no su-

po ó no se acordó del apellido de su verdugo. Con plena seguridad podía afirmarse que la víctima de Velarde-había trazado sobre la cinta las siguientes palabras:

A MI MATADOR CAUSÉ TERRIBLES MORDIDAS EN EL CUELLO. DIMAS, PASAPORTE MARÍTIMO

Y me apresuré á comunicar por carta mi descubrimiento á mi huésped de Buena Vista, al desilusionado excavador de La Cueva de los Murciélagos, la cual debe de tener una interesantísima historia, auque yo no la sepa.



LOS GAMBUSINOS

LOS GAMBUSINOS

———«o»———

La tristeza de las tardes grises, desteñidas de luz, húmedas y azotadas de viento, es más insoportable en los lugares donde la mayor parte de los días del año son todo ambiente claro, profusión de colores alegres, caricias de sol y perfumes de brisa. Calcule el lector, si gusta acompañarme por un breve rato al bullicioso campamento de Calamahí, cuál sería el mal humor de los *gambusinos* cuando vieron amanecer el catorce de febrero de 18 ..... arrebujado en torva neblina y bañado

en pertinaz llovizna, después de los esplendorosos días de enero y diciembre, que lejos de parecer invernales, habían traido en sus alas tibios efluvios de primavera. Hubo de cesar el tráfago, el afán de los codiciosos exploradores, el manipuleo de las máquinas de lavar el oro: el viento zumbaba golpeando las tiendas de lona y las chozas de madera, la lluvia se arremolinaba alrededor de los cuerpos y clavaba como alfilerillos punzantes sus gotas menudas y frías en los rostros, en los cuellos, en las manos y en las orejas, y el centígrado había descendido hasta 2º, cosa extraordinaria en la climatología de la Península.

Un comerciante de la costa había traido el día anterior al campamento buena cantidad de provisiones y, entre ellas, algunas barricas de aguardiente y vino del país, cuyo exorbitante precio no arredró á los buscadores de oro, antes bien se apresuraron á cambiar las gruesas y riquísimas pepitas de ese metal por tarros y botellas de tan preciolso síquidos; de modo que á la hora en

que el lector y yo penetramos por una estrecha garganta de basalto asperísimo y descubrimos el inmenso campo en que se benefician los placeres, un clamor de fiesta regocija nuestros oidos, y los cantares, las vihuelas y los gritos de entusiasta locura, nos hacen olvidar la inclemencia del tiempo y nos fuerzan á perder el temor de quedarnos yertos y helados en las cordilleras del valle de San Ignacio.

A la puerta de una caseta, de las más bien parecidas de la población, sentados en cómodas sillas de campaña, Victoriano y Mateo Argüelles echaban agradablemente un palique. Padre é hijo habían llegado tres meses antes, siendo los primeros en recoger los frutos del ruidoso descubrimiento de Calamahí, frutos bien escasos para las esperanzas que forjó de ellos la codicia; pero que aun hoy día, tras el desengaño y desastre de la empresa, hacen suspirar á no pocas almas:

La plática de los Argüelles dió fin con este breve diálogo.

—Ve como quieras; pero vuelve tem-

prano, y cuídate de alguna asechanza de Andrés Peñaloza, que según dicen se ha tornado en una fierecilla y trae acoquinados á todos los mozos.

—Ya me guardaré de encontrarle, y si le encuentro he de huirle el cuerpo, diga lo que quiera

—Y no olvides mis saludes á Rosa y á su madre. Lleva alguna cosa de fiambre y galleta por si se te ofreciere. En el pueblo siempre están escasos de todo.

Mateo abrazó á su padre, dió vuelta hacia el corral á espaldas de la caseta, montó á caballo y arrebujándose en su gruesa manta listada de rojo y negro, partió al galope hasta desaparecer tras el lomerío. Victoriano se encaminó hasta el centro del campamento, y formando parte de un grupo de alegres decidores, sentóse tranquilamente con ellos á matar el tiempo y á saborear el riquísimo vino de uva que en transparente vaso le alargó un contertulio.

El caserío de San Ignacio, sombreado de gallardas palmeras, diseminado alrededor de la antigua iglesia de los

jesuitas, y recostado al pie de la loma en donde se abre y serpentea el camino de Calamahí, presentaba un aspecto de soledad y tristeza que contrastaba con el bullicio del campamento de los grmbusinos..

Parecía que las buenas gentes aun se estaban en la cama. Las puertas y ventanas permanecían cerradas: las jaulas de los pajarillos no colgaban de las alcayatas clavadas bajo los aleros; los gallos guardaban silencio aun encaramados perezosamente en las ramas de los torotes amarillentos, y hasta los asnos y mulas encerrados en las corralizas se inclinaban melancólicos sobre las pesebreras con la inmovilidad de las momias.

Los resonantes cascos del caballo de Mateo repercutieron en roncos ecos contra las paredes de las casuchas; rechinó una cerradura en una de las más próximas á la iglesia, y un rostro hermosísimo de muchacha asomó sonriente y alegre como un destello de sol que rompiese con tenue efluvio de átomos luminosos la lóbrega brusquedad del

paisaje.

Mateo se apeó ante la puerta y dejando el caballo fuera, á la buena de Dios, penetró en la casa de su amada. Rosa tendió efusivamente la mano á su novio, estrechándo las suyas contra su pecho. Mateo besó la frente de la niña y abrazó á su madre, la que no pudo á su vez abrazar á su presunto yerno, porque tenía los dedos untados de amasijo.

Jesús! Qué manos......Te aguardábamos y estoy haciendo la sopa fresca de harina. Voy á darme prisa. Siéntate......¿Cómo encuentras á Rosa?..... Sólo cuando vienes se pone como la Pascua. ¿Qué hace tu padre?......Ya platicaremos.........

Y salió intempestivamente en dirección de la cocina.

Rosa y Mateo se sentaron á la puerta. Ya se imaginará el lector de qué hablaría este par de pichones teniendo como tenían concertadas sus bodas para abril siguiente, y amándose con la pasión, Mateo, de los veintitrés años, y Rosa con la ternura y el encan-

to casi infantil de los diez y siete.

No tardó mucho en estar pronta la mesa. En el comedorcito contiguo á la sala, vaciada en ancho platón de limpia y reluciente porcelana, y pringada de queso rayado, la sopa fresca invitaba los apetitos á una expansión suculenta. Igual convite parecía proclamar desde un transparente tarro de vidrio verde claro el negro vino del país, no menos incitante que una rica torta de huevos y un oloroso asado de ternera, de que pulcramente rebosaban dos cazolones de barro cocido,

Los amantes más se miraron que comieron. La buena de Doña Gertrudis, que así se llamaba la madre de Rosa, se dió un atracón del gusto de ver á su hija contenta, y hubiera reventado de fijo, si no es que á los postres se le atragantó en mitad del cogote un hueso de ciruela silvestre, que la hizo toser violentamente y la puso color de grana, con lo que suspendió la faena y no intentó más ingerir ciruelas ni cosa alguna en el buche........

Hacia el final de la comida, é inte-

rrumpiendo la agradable charla en que departían sabrosamente los tres comensales, se oyó una voz fuera que entre burlona é iracunda decía á grito herido:

¡Hola! el caballo de Mateo Argüelles! Yo le contaré muy alto su precio á ese *gambusino* de lindas mozas.

Y tras estas palabras se oyó rápido galopar en dirección de la salida del pueblo.

—Andrés Peñaloza! exclamó despavorida la novia de Mateo. ¿Le has oido tú? ¿Le ha oído Ud., madre?

—Peñaloza,sí,él es—gruñó doña Gertrudis dando diente con diente. No sé porqué le tengo tanto miedo á ese hombre.........!Rosa, mujer, echa el aldabón grande á la puerta, y enciéndete aquí la vela de las Angustias .....Jesús mil veces.........!

—Nada tema Ud.,señora, observó el futuro yerno. Peñaloza no se atreverá á entrar en esta casa, y si se atreviese, aquí estoy para lo que suceda; tranquilícese Ud..........Además, él ha pasado á caballo y ya va lejos: no hay nada

que temer.

—Si te querrá sorprender en el camino á tu regreso á los placeres y obligarte á un lance, á una riña á solas, sin más testigos que Dios. Qué horror.........!prorrumpió Rosa derramando lágrimas.

—No te marches, Mateo; suplicó afligidísima doña Gertrudis: Mira, pasa aquí la noche; mañana temprano regresarás al campamento; no expongas tu vida á manos de un malvado que rabia de celos y de despecho contra tí, y que será capaz........

—Imposible quedarme—se apresuró á decir el *yambusino*:—mi padre me espera antes de las siete, y no quiero obligarle á que venga á buscarme. Si me tardase un minuto, de seguro que me saldría al encuentro; y deseo evitarle esa molestia y esa congoja.......

Las siete menos cuarto serían cuando se despidió Mateo de Rosa y doña Gertrudis, sin que fuesen parte los ruegos de la buena señora y las lágrimas de la niña, á retardar su vuelta á Calamahí hasta el día siguiente. Metió

la cabeza en la abertura central desu poncho á rayas rojas y negras, arrebujose lo mejor que pudo porque hacía un frío molestísimo, y dobló al galope el recodo que hace el camino al pié de la cumbresilla de San Ignacio. Al transponer la colina, y antes de dar vuelta á una aglomeración de pitahayos que en el acervo de un arroyo seco interrumpen y quiebran la línea recta del sendero torciéndolo hacia Calamahí, le salió al encuentro Andrés Peñaloza, diciéndole:

---Aquí vienes, por fin. Se conoce que no eres miedoso: creí que te quedabas en el pueblo bajo las faldas de doña Gertrudis---y al mismo tiempo le apuntaba con el cañón de la carabina.

---No sabía---replicó Mateo previniendo la suya y amartillándola--no sabía que eras salteador de caminos.

---Por lo mismo te hubieras guardado de mí con las hembras. Yo no hubiese trocado las caricias de Rosa, vamos, el calorcito de su alcoba, porque me mataran como á un perro, que

es lo que voy á hacer contigo.

—Cállate ó te arranco el alma—rugió el gambusino apuntando á su vez al pecho del insolente.

Peñaloza hizo el disparo sin éxito, pues la bala rozó apenas el hombro de Mateo sin hacerle daño. Un segundo después disparó Mateo, echando por tierra á su contrario.

Andrés cayó de bruces caballo abajo, y clavada la frente en la capa gruesa de arena del arroyo. El gambusino, con un movimiento de compasión instintivo, á que le impulsó su corazón generoso, saltó pié á tierra, mirando si no sería mortal la herida y á ver si podía salvar á aquel miserable.

El pulso de Peñaloza aun latía. Despojóse Mateo de su poncho, quitóle al herido el suyo bien empapado en sangre, pues la bala le había abierto una gran boca en la mitad del pecho, y después de envolverle muy bien le puso bocarriba, para contener de este modo la abundante hemorragia.

El moribundo clavó entonces la vista en los ojos de Mateo, con expresión

de indefinible angustia.

—Perdóname, Andrés; murmuró el de Argüelles al oído de Peñaloza.

—Perdóname tú á mí—respondió éste con voz desfallecida y entiesándose para siempre.

—Te perdono con toda mi alma—dijo el gambusino con voz clara y fuerte, y á tiempo que su infeliz rival daba la última boqueada.

....

Un cuarto de hora hacía que el padre de Mateo no podía sufrir la impaciencia que le causaba la tardanza de su hijo, en el campamento de los placeres.

—¿Qué había pasado? se preguntaba repetidas veces con angustia. Y como si un presentimiento cruelísimo le embargase decidiose á montar á caballo y salir camino del pueblo en busca de su hijo. La noche era clarísima; la luna casi en su plenilunio había disipado en parte la espesa neblina, y brillaba su argentino disco tenuemente empañado por ligeros y delgados vapores.

Mateo, en guardia contra cualquier suceso inesperado empuñaba nerviosamente un magnífico revolver de mango de nácar. Al acercarse al grupo de pitahayos, le pareció oir voces del otro lado del álveo seco. Parose un instante á escuchar, y muy clara y distintamente llegó á sus oídos la voz de Mateo:

—¡Te perdono con toda mi alma!

Dió el anciano prontamente la vuelta alrededor de los pitahayos; apercibióse al punto, frente á frente de aquella escena de sangre, de que el caído debía ser Mateo, pues estaba envuelto en el poncho á rayas rojas y negras, y el que se inclinaba sobre él, su matador Andrés Peñaloza: y sin dudarlo un momento exclamó en el paroxismo de la cólera:

Pero yo no no te perdono á tí, perro asesino!....

Y al decir esto disparó sobre Mateo dejándolo tendido sobre el cuerpo inanimado de su rival.

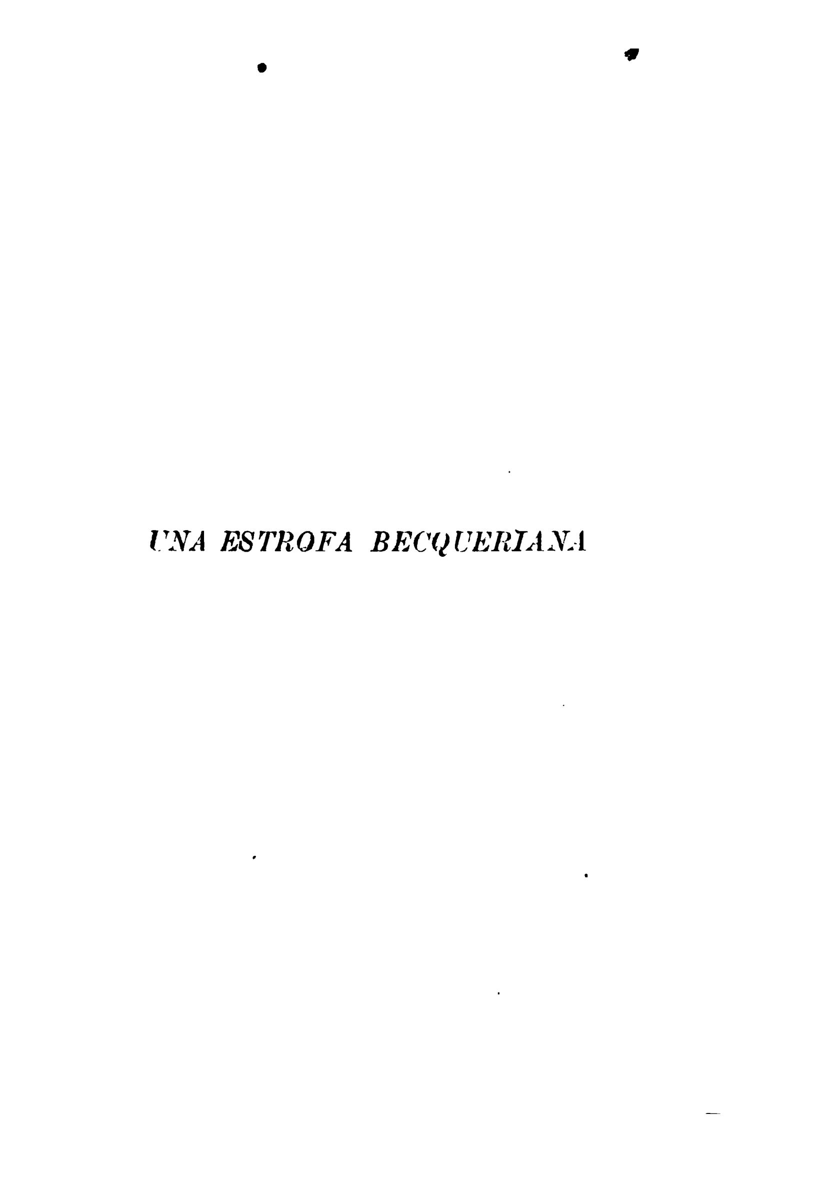
Al caer el gambusino sólo pudo proferir ciertas palabras, con acento de

infinita amargura.

—Padre! ¿qué has hecho? ¡me has matado!....

El imprudente anciano, de pié junto á los cadáveres, al comprender toda la temeridad de su insensata cólera, quedó como petrificado, sin poder hablar ni moverse. Parecía la estatua del supremo infortunio.

—:o:—



UNA ESTROFA BECQUERIANA

UNA ESTROFA BECQUERIANA

Elisa, la risueña Elisa, la encantadora niña que aun no cumple diez y ocho abriles, ha caido en cama; los vecinos se agolpan ante su casita blanca de la playa, y le abren paso al cura del pueblo, porque la enferma ha pedido confesión, y según el médico no tarda en morirse.... A nadie se le permite la entrada, sus parientes han cerrado las puertas por dentro; y para ver de abrir al sacerdote, la madre de Elisa se asoma por un postigo, y luego que le reconoce le grita sollozando:

—Venga usted, padre mío; entre usted y su bendición santa consuele esta casa. Mi Elisa se nos muere: sánela usted con sus oraciones.....

Se abrió la puerta á los pocos segundos y penetró el viejo cura.... Con él penetraremos el lector y yo–invisiblemente, por supuesto--y escucharemos atentamente la confesión de la moribunda. Y nadie nos tachará de indiscretos ni de curiosos, puesto que ni ella ni su confesor han advertido nuestra presencia. La novela permite, á Dios gracias, todas estas estratagemas, y á bien que otros se imponen de otras cosas que les importan mucho menos, y á sabiendas de que los ven enterarse....

"Me muero padre mio; y la relación de mi culpa, de mi remordimiento y de mi enfermedad ¡ay! sin remedio os inclinará á compadecerme y á perdonarme....¿Ud. ha amado alguna vez, padre mío? Ah! qué necia soy, que hago tal pregunta á un ministro de Dios, que jamás habrá amado terrenalmente á ninguna criatura.... Y bien, padre mío, usted conoce á Basilio, el hijo

del pescador Leonides.... Nos amábamos. Mi madre le había ya concedido mi mano. Nuestras bodas debían verificarse en mayo entrante, á la vuelta de las armadas del buceo.... Hace un mes y diez días—lo tengo muy presente porque los he contado uno á uno—Basilio se ausentó de mi lado, requerido por sus patrones, á fin de que armara una lancha y fuese en busca y auxilio de una balandra de cuya tripulación no se tenía noticia alguna hacía dos semanas; pero que se temía hubiese encallado en los bajos de alguna isla desierta.... El tiempo estaba bueno, mi madre y yo habíamos ido á acompañar al pobresillo hasta el muelle. La tripulación de la lancha cantaba en coro aquella preciosa canción marina que llaman *La Gloria*, aquella que tiene estrofas de Becquer:

"Así los barqueros pasaban cantando
la eterna canción,
y al golpe del remo saltaba la espuma
y heríala el sol".

Al son de esta copla y abrazándo-

me al despedirse, me dijo Basilio: No llores niña mía: cuando yo vuelva,—una semana á lo más,--y pase la lancha al frente de tu casita, entonaré esa estrofa; y como tú me estarás aguardando, bien mío, me ayudarás á cantarla desde tu corredorcito de enredaderas. Adiós, que no tardaré"..... Y se alejó en un bote hasta la lancha; y luego partió ésta, y poco á poco se fué apagando la voz de los marineros que repetían:

"¿Te embarcas? gritaban;
y yo sonriendo les dije al pasar:
Ya tiempo lo hice, por cierto y aun tengo
la ropa en la playa tendida á secar....."

"No le referiré á usted mis angustias, mis noches en vela desde que se cumplió la semana primera de nuestra ausencia. Ni ojos tenía ya con qué llorar, y sentía que me faltaba el corazón para sentir, como me va faltando por momentos.... Una tarde, hace hoy veinticinco días, amenazaba recio chubasco. Nubes negras se encrespaban

sobre las cumbres que rodean la bahía, frente al puerto. Soplaba el viento cada vez más fresco, las olas en las rompientes se levantaban más á menudo. Todo anunciaba un serio temporal.... Un grupo de marineros vió desde la playa una vela en el horizonte; la ví yo también, y todos conjeturamos que la embarcación avistada era la lancha en que había partido Basilio. Pero como el viento les era contrario, la aproximación del barco se tardaba mucho tiempo, pues venía entrando de bordejada. Al ponerse el sol la lancha estaba muy cerca, tanto que se percibía todo el velamen, al cual habían tomado rizos por miedo á la ráfaga. Al obscurecer vimos que arriaban velas y sólo dejaban la mayor bastante encogida. Mi corazón no me engañaba, porque el viento, que comenzaba á arremolinarse cambiando de rumbo, traía á mis oidos el canto bien perceptible de los marineros, que cantaban la estrofa:

«*¿Te embarcas? gritaban.....*»

Mi alegría no tuvo límites, y me puse á cantar con todas mis fuerzas invitando á los marineros á que me acompañaran. De pronto nos pareció que el barco suspirado se alejaba otra vez: creímos que sería para comenzar retrogradando un nuevo zigzag de la bordada. Las luces se encendieron á bordo: en la playa encendimos también algunos hachos de resina: ellos agitaban una luz de arriba abajo, como saludándonos: nosotros respondíamos desde tierra con las parecidas señales.... Sopló súbitamente una racha fresquísima: un relámpago azulino cruzó las nubes, y á su luz vimos inclinarse tanto la lancha á sus costados, que casi bañaba en las olas el mastilejo. Y la lancha retrocedía á todo viento; luego se apagaron las luces de á bordo, la lluvia torrencial acabó de ennegrecer la noche. A cada relámpago veíamos la embarcación más lejos, y sólo llegaban á nuestros oídos algunas voces imperiosas que ordenaban la maniobra. La tempestad tronaba cada vez más furiosa, y las olas co-

menzaron á retumbar en la playa. Nos refugiamos los presentes á esta terrible escena en mi casa, y desde el corredor rezábamos llorando y levantábamos al cielo los brazos. Era cuanto podíamos hacer por los pobres náufragos: todo socorro humano era imposible. Así pasamos esa noche terrible. La tempestad no era ya un chubasco, era un ciclón espantoso. Los truenos y los relámpagos habían cesado por completo: sólo bramaba el viento inplacable, la lluvia era la caida de una inmensa catarata y las olas se deshacían contra los cantiles y rebasaban las calles. Usted se acuerda de esa noche, usted que á tantos pobres amparó y dió abrigo en el curato; noche inolvidable: presas de espanto las gentes salían de sus casas que el huracán dejaba al descubierto, volando los techados; la lluvia anegaba las habitaciones y patios, y las olas invadían aun las calles más altas y apartadas de la playa, reventando contra los edificios. Entre los bramidos ensordecedores del viento y del mar, se oían por todas partes el es-

truendo de paredes que se desplomaban, los lamentos de personas aplastadas por los derrumbes y el llanto de los que buscaban á algún niño, á la madre ó á la hija arrebatados por la formidable corriente de la marejada y de los torrentes que se precipitaban de las lomas cercanas y de la sierra distante: ¡Qué noche, por Dios! ¡Qué tinieblas, qué tormenta interminable, qné alboroto del mar, qué terror, qué angustia de todos los moradores del puerto!

Amaneció el día siguiente anubarrado, obscurecido, la tempestad más recia, la inundación más alarmante, los vecinos más aterrorizados, lamentando la ruina de sus hogares, la muerte de algunos parientes, y las familias de marineros llorando ya de antemano el naufragio de las lanchas buceadoras y la desaparición de sus tripulantes. Yo sufrí tanto, lloré tanto, desesperando de volver á ver á Basilio, mirando frustrado nuestro enlace y columbrando en un desolado porvenir mi soledad y mi desgracia, que rendi-

da, agotada, no pude ya levantarme de la cama.

Lloraba amargamente Elisa al recordarlo, cuando una racha del *cormuel* abrió repentinamente la ventana de su alcoba que daba al mar, y llevó hasta su oido los lejanos acentos de una canción, y aún palabras finales de algunos versos de esta estrofa:

«Las ondas tienen vaga armonía,
las violetas suave olor,
nubes de plata la noche fría,
luz de oro el día,
yo tengo amor.»

Cantábanla á muchas voces, entre las cuales Elisa no distinguía ninguna, y al concluir la estrofa se oía algazara semejante á la que arman los marineros cuando se entusiasman por su próximo arribo. Cesaba la regocijada grita, y volvían á cantar. Elisa suspensa, inmóvil, con la vista fija en el cielo de su alcoba, arrobada, muda escuchaba el cantar alegre de los marineros. El buen cura esperaba, la mira-

ba. Sonreía Elisa, se componía su semblante, se reanimaba, desapareciendo su languidez mortal.

A poco rato llegaron más claras las voces de los marineros que cantaban, y oyó Elisa esta estrofa:

«Así los barqueros pasaban cantando
la eterna canción,
y al golpe del remo saltaba la espuma
y heríala el sol.»

—¡Oh—exclamó la enferma—Basilio, él, él es, llega ¡Dios mío! vive, me canta la estrofa que oimos al despedirnos! ¡Vírgen bendita! Incorpose luego en su lecho.

El cura salió entonces á llamar á la madre de Elisa, que en otra pieza esperaba á que terminase la confesión. Acudió prontamente la anciana, y temerosa de que esa reacción fuera una crísis mortal, hizo llamar al médico.

—¡Pronto,—dijo á la criada,—ve presto; que venga en el acto. Elisa puede morir, que se apresure! Elisa tan débil, y con esta emcción tan fuerte y

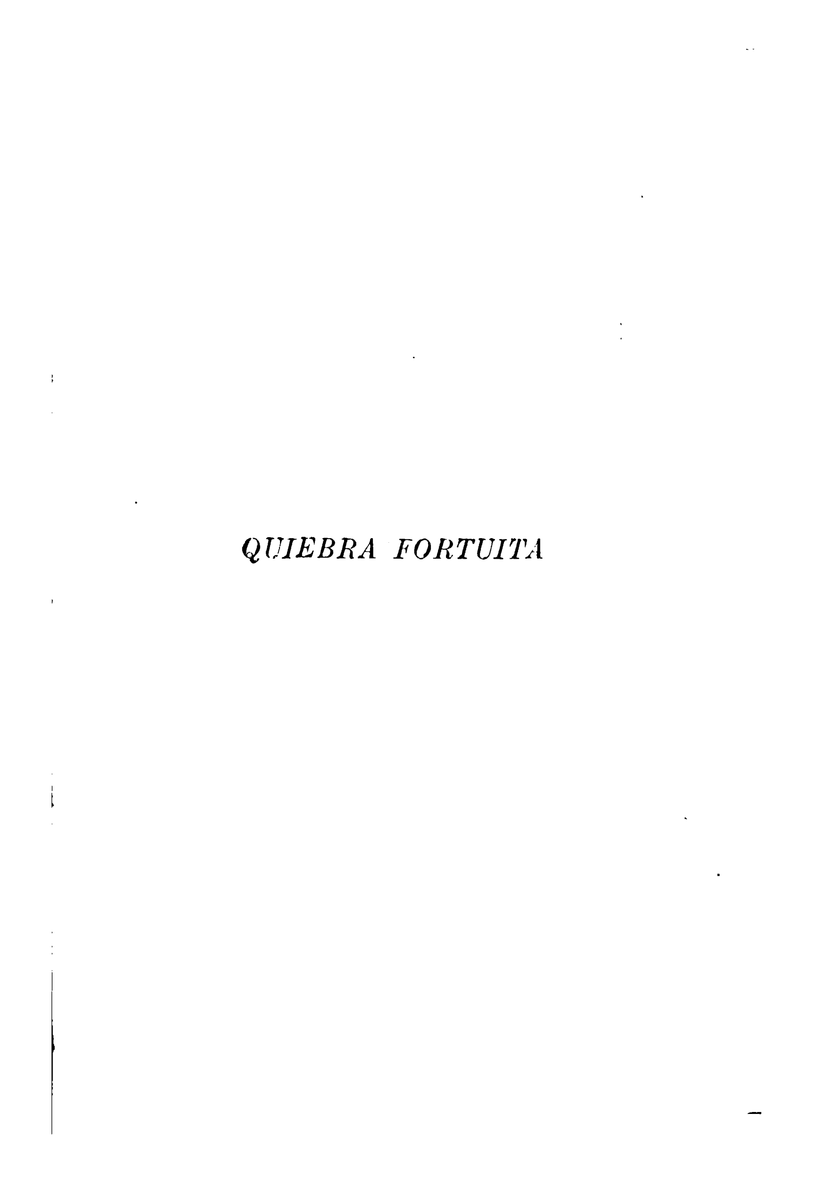
repentina, por Dios!—Y dirigiéndose á ella, añadió—¿Qué tienes hija? Espera, no te desabrigues.

—Sí, madre;—contestole—Dios ha de haber salvado á los tripulantes por quienes tanto le pedimos. Ha de ser Basilio el que llega. Siento que vuelve la vida á mis miembros desfallecidos; siento deseos de levantarme, de salir á su encuentro, que no me halle encamada; sufriría grande pena, cuando espera la inmensa alegría de verme. Madre, demos gracias al cielo! Nuestro Señor lo trae con felicidad!

Basilio, en efecto, había regresado. Elisa convaleciente pasaba las tardes en su compañía, sentados fuera de su casita blanca, frente al mar, oyendo el relato interminable de las visicitudes de los náufragos de la balandra perdida que fuera á buscar Basilio, y que encontrara encallada en las sirtes vecinas á un islote, á donde llegaron á nado los tripulantes; y una hermosa mañana la gente se agrupaba á la puerta de la casita blanca, como aquel día en que esperaba ver á Elisa muerta, para

contemplar á los novios á su salida para el templo. Salieron acompañados de sus padrinos, y la turba de curiosos les abrió paso.

—:O:—



QUIEBRA FORTUITA

QUIEBRA FORTUITA

Los saltos artísticos de Clotilde la daban una renta considerable.

Oriunda de la Paz, Baja California, donde pasó su infancia, no sé qué vicisitudes la hicieron emigrar y emprender la carrera de las tablas. Era bailarina de los teatros de la Habana.

Y, contra la generalidad de sus compañeras, era también honesta, con cuanta honestidad cabe en ese oficio.

Esto dicen al menos los que la conocieron, y vale más creerlo así que meterse en averiguarlo.

Dos niñas como dos luceros fueron el fruto del matrimonio de Clotilde con un tenor cómico, fallecido una noche que se representaba *El Planeta Venus*, y en que se le cayó en la cabeza el armazón del caballo *de bronce*, por descuido del maquinista.

Desde entonces no consentía Clotilde bailar en cuatro de febrero, fecha del apachurramiento de su marido, ni en noche en que se cantase aquella zarzuela.

Tenía miedo á los derrumbes y jamás pasaba cerca de postes ni debajo de balcones.

Su viudedad sólo le parecía triste por la falta de su consorte: ella se sabía muy bien que los duelos con pan son menos. Contratada por temporadas de ocho á diez meses, sus cortas cesantías se subsanaban con los ahorros de más de medio año.

Aquellas criaturas, "mis ángeles," como llamaba Clotilde á sus niñas, parecían dos retratos de su madre.

Limpiecitas y bien criadas, graciosas é inteligentes, Clotilde cifraba en ellas

su felicidad. Los aplausos del teatro no le contentaban tanto como un par de besos de aquellas sus preciosas miniaturas.

En su alegre casita de tres balcones, aislada en el centro de un jardinillo poblado de geránios y enredaderas, vivía una vida casi conventual. No recibía á nadie, no daba qué decir. Se la veía en la escena donde más de una vez encendió pasiones que no fomentó y á las que dió muerte con franco y noble recato.

Bailaba porque á eso la habían dedicado: su matrimonio con un cómico había sido resultado de mútua é irresistible simpatía, pero frecuentemente ambicionaba poder dedicarse á otra carrera, ó á otra ocupación más segura que la ligereza de sus pies.

Algo debía de presentir que la obligaba á no confiar del todo en sus aptitudes coreográficas.

No es menester agregar que su vocación no corría parejas con sus talentos ¡Aberraciones de la naturaleza que suelen causar antagonismos profundos:

la voluntad que siente aversión á los ideales de la inteligencia!

Así, no dejaba de plantearse Clotilde el problema de un cambio absoluto de ocupaciones profesionales. Dentro de dos ó tres años apretando mucho en sus gastos lograría abrir una casa de modas en una calle céntrica, y poco á poco á fuerza de actividad y desvelos, se atraería numerosa y escogida clientela.

No gastaba lujo; pero nada faltaba en su casita. Los sueldos de Clotilde se invertían en la reposición de uno que otro mueble, la compra de telas, pájaros y macetas, el cultivo del jardín y el alquiler de la habitación que no era un grano de anís. Algo ahorraba como se ha dicho, para que no careciese de nada en cesantías.

—Cuando yo muera—se decía—ya éstas habrán crecido; sabrán auanto necesiten. yo les habré enseñado á ganarse la vida con medios menos expuestos á peligros morales que los que á mí me han tocado. Y quizá, quizá tengan la suerte de desposarse ventajosa-

mente con hombres que les labren una posición decente y bienquista.

Clotilde no contaba con la huéspeda, no obstante que tenía un vago presentimiento que la impulsaba á odiar el baile como á la cosa más aborrecible.

Una tarde de un día cuatro nada menos, aunque no de febrero, estaba citada al ensayo general de *Quiebra Fortuita*, comedión abominable de un dramaturgo, en que precisamente debía bailarse en lo alto de un tablado erigido en el centro de una plaza, en noche de fiestas reales.

Clotilde concurrió, como siempre, á la hora exacta y en compañía de sus dos ángeles, á quienes á donde quiera llebaba cosidos á su lado.

El carpintero hacía retumbar el teatro dando los últimos martillazos en los clavos que unían los pies derechos y las tablas del andamio.

Dos lucecillas alumbraban el foro y el salón con escasa claridad.

La orquesta preludió la polka y Clotilde subió al templete por una escale-

rilla de mano, puesta *od hac* detrás del aparato. Con ella subieron otras dos bailarinas y comenzó el baile.

Los primeros compases esperaron las tres. Al *tempo di polka* las tres desataron el vuelo. Dos daban una vuelta alrededor del tablado, se paraban inclinando dificilmente medio cuerpo adelante y volvían á dar la vuelta mientras Clotilde giraba en el centro sobre sí misma con una rapidez de remolino, ó repetía varios juegos de gimnasia teatral. Cuando la orquesta anunció la coda los ejercicios de Clotilde eran tan rápidos que tenían alelados al director de escena, al apuntador, al utilero y demás comparsa que presenciaba el ensayo. Las niñas iban de unos brazos en otros recibiendo besos y caricias.

En una de sus suertes Clotilde tuvo la desgracia de introducir uno de sus altos y esbeltos tacones en la abertura de dos tablas mal unidas: la velosísima vuelta bruscamente cortada por el obstáculo de la tabla, hizo caer á Clotilde de bruces y sin sentido en medio de la plataforma.

La niña mayor, de tres años apenas, dió un largo chillido en la agudo sobresaliendo al rumor de la orquesta. Siguiola su hermana que en viéndola llorar se creía siempre comprometida á compañarla á duo. Interrumpiose el ensayo. La bailarina lastimada fué conducida á su cuarto.

Se hizo que la reconociese un facultativo, y, concluida la primera curación, consistente en sobas y apretado vendaje, se trajo un coche que condujo á su casa á Clotilde y á sus pinpollos.

Pasaban días y más días, sobas y más sobas: las esperanzas de Clotilde menguaban á medida que se hacía más rebelde el tendón roto.....

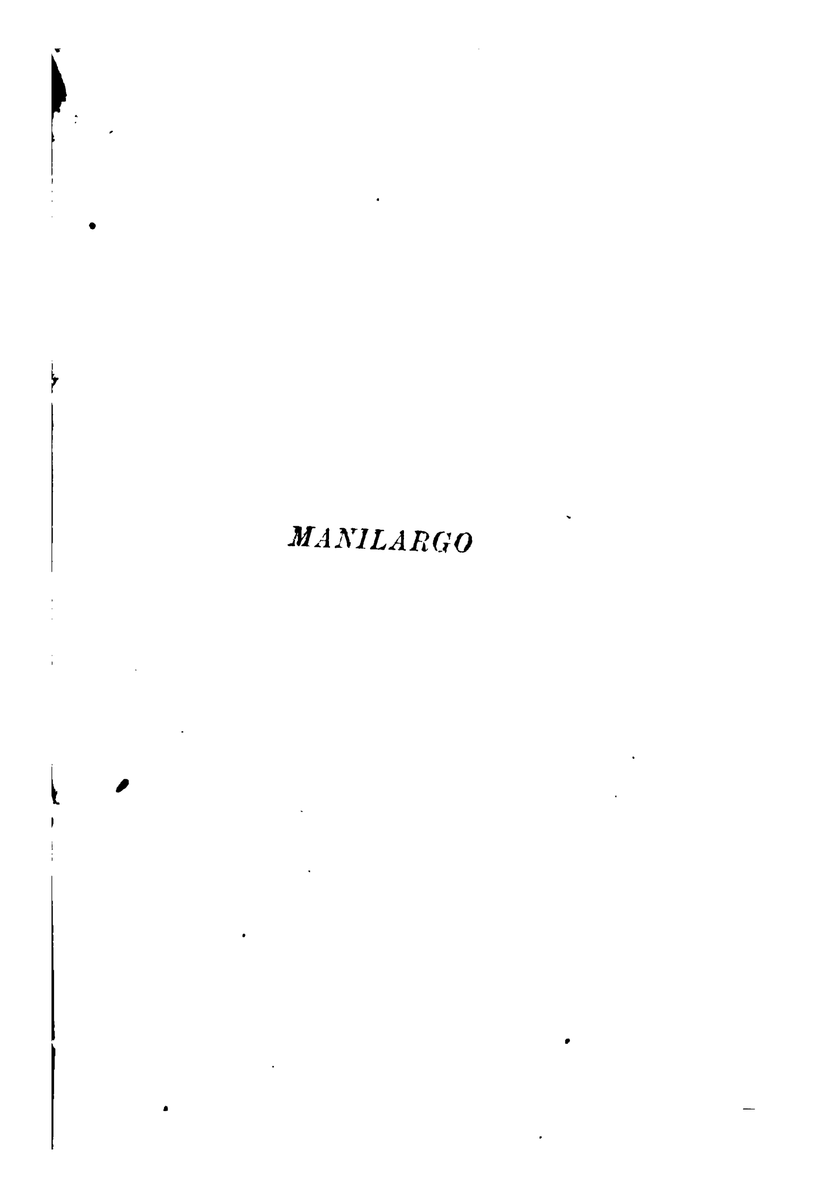
No volvió á bailar más y regresó á su costa nativa. Enseña á sus ángeles á coser y á bordar, y no les permite el uso de la aguja y del bastidor en día cuatro.

Las niñas son muy juiciosas; pero cuando resuena en la buhardilla el golpe seco de la muleta de Clotilde, la mayorcilla suele acordarse del fatal ensayo de *Quiebra Fortuita* y rompe á

llorar.

Su hermana la acompaña á dúo.

—:o:—



MANILARGO

MANILARGO

Nació en un pueblecillo del Ecuador el año de 1852, de Luis Beltrán y María Cleofas Zapata, labradores. Vivió con sus padres hasta la edad de doce años en que emigró al Perú, en cuya capital se hizo vendedor de periódicos. A los quince tomó pasaje en Callao para Panamá, donde vivió tranquilamente hasta los veiticinco. No se registra en este tiempo ninguna hazañería de Beltrán; pero á partir de fines de 1877 comienza á ser víctima de una gran perturbación que le inclina

con facilidad á los robos rateros.

Cuando su última caida (1892), tenía cuarenta años. Su color es bronceado obscuro, su tez áspera y manchada, su cabello lacio, delgado y caido con indolencia sobre una frente chica y deprimida, como si le hubiesen dado un martillazo entre ceja y ceja. La circunferencia de su cráneo se estrecha hasta cuarenta y tres centímetros. Su mirada le traduce indiferente á lo que le rodea, y, si bien en el fondo de sus pupilas hay algo de estúpida resignación, la base de su carácter es una audacia automática, limitada y casi totalmente neutralizada por la imbecilidad. La barbilla puntiaguda, la nariz anchísima, de la esfericidad de una pera, una pulgada bien medida de la ternilla divisoria de las fosas nasales, al delgadísimo extremo del labio superior, los ojos diminutos, agrisados, las pestañas rabonas y escasas, los pómulos abultados, como si llevase oculto por la piel en cada uno un melocotón. Por estas facciones su rostro no tiene el zumbel de un facineroso, sino la ridiculez de

un atruhanado, Su estatura, un metro y cuatrocientos sesenta milímetros. Soltero, leñador. Hijo de matrimonio. Su nombre Manuel Beltrán.

De sus padres poco pudo saberse. Labraban una heredad propia. Fueron muy honrados; y se llevaron bien mutuamente. Tuvieron siete hijos; dos mujeres y cinco varones, de los cuales era Manuel el tercero. Ninguno fué á la escuela; pero éste aprehendió en Lima á medio deletrear de molde, cuando vendía periódicos. Sus dos hermanas se casaron y viven en su pueblo nativo, El Morro, donde sus cuatro hermanos, menos el último, que siguió la suerte de marinero, son labrantines, los dos mayores casados. Ellos y ellas tienen muchos hijos. Del menor no ha vuelto á saberse. Sus padres murieron de viruela casi al mismo tiempo.

El medio de la niñez de Manuel Beltrán fué muy pobre; desde niño fué dedicado por sus padres á acarrear leña: no conoce ninguna otra ocupación de campo. Incapaz y perezoso, huyó de la casa paterna, á la que no ha vuel-

to jamás. Conserva reminiscencias de su exigua edución religiosa: cree en Dios y en la vida futura, ignorando todas las demás ideas intermedias del espiritualismo. No se explica ningún fenómeno de la naturaleza física: posee confusamente las ideas elementales ontológicas, ser, causa, afecto, nada, verdad, error. Las nociones psicológicas que alcanza son las de pensar, querer, vivir; con la rudeza de un salvaje. Es más extensa su comprensión de los conceptos morales, bien, mal, virtud, vicio, delito, amor al prójimo; penas, ley, familia, mandar, son sus únicos vislumbres sociológicos. En estética es una *tábula rasa.*

Desde su salida del Perú hasta su primer robo de Panamá, nada absolutamente se sabe. Estando en el Itsmo robó á un marinero un pedazo de tela embreada: fué cogido infragánti y entregado á la policía. A partir de este suceso está comprobada su historia que él mismo va á referirnos.

—Cuántas veces ha cometido Ud. este delito?

—Varias veces.

—¿Ha robado Ud. alguna vez fuerte cantidad de dinero, una alhaja de valor, un caballo de gran costo?

—Nunca, señor; mi más cuantioso hurto ha sido un par de planchas que extraje de un hospital en Guatemala, y ahora el metate de una casa del barrio del Esterito.

—¿El metate por que lo acusan á Ud?

—Sí, señor.

—¿Qué otros objetos ha robado Ud., y como lo ha hecho?

—Siempre que he encontrado cosas mal puestas ó ropa tendida en las habitaciones, no he podido menos. La primera vez, en Panamá, un marinero me admitió á dormir sobre la cubierta de un bote grande. Tenía mucho frío y para abrigarme me prestó un pedazo de lona. Dormí tan bien y tan caliente, que me decidí á pedírsela, pues creo ya no le hacía gran falta. Pero como me desperté algo temprano y él no parecía, me la llevé en el hombro y al saltar en tiera me alcanzó y en-

tregó á la policía. Estuve encerrado, y como ví algunos clavos, una estaquita y un martillo puestos al descuido, y que iban á servir para reparar la puerta de un calabozo, los escondí, y cuando obtuve mi libertad los llevé conmigo en recuerdo de mi prisión.

—Y no temió Ud. efectuar ese robo en la cárcel misma?

—De temor sí he tenido siempre; pero ahí verá Ud., siempre me he escapado, porque después de este encierro de Panamá, hace quince años, no he vuelto á caer sino hasta ahora. Se me ovidaba decir que esa misma vez, al ser calificado de ratero por el comisario de policía, me llevé de su mesa un pequeño tintero y un portaplumas que vendí en la cárcel á un preso que sabía escribir y me hizo mis defensas. Cuando llegué á Guatemala me encontraba muy pobre y miserable, y al pasar por una casa advertí en su grande y hermoso patio dos jarrones finísimos sobre una mesita: noté mucho silencio, penetré en el zaguán con precaución y me apoderé de los jarrones saliendo

precipitadamente. Mas es indudable que hice algún ruido, porque antes de traspasar el umbral sentí tras de mí unos pasos muy marcados y una voz que me dijo: «¿Qué se ofrece?»—Volví el rostro y encontré á una jóven, que era la que me interpelaba. «¿No comprará Ud., señorita, estos jarrones?»—Después de mirarlos atentamente, y temblando yo por mi atrevimiento, respondió— "Aquí en casa tenemos dos iguales á los que Ud. vende. Vaya Ud. con Dios á otra parte." Respiré y salí apresurado antes que notara que los jarrones procedían de su casa misma.

—Me dijo Ud. hace poco que lo más que Ud. había hurtado, es decir, lo más costoso eran unas planchas: ¿valían mucho menos esos jarrones?

—No, señor, valían mucho más; pero no los cuento entre mis hurtos, porque luego me los hurtaron á mí. Me senté en una plaza muy concurrida á pregonarlos, y no pude venderlos aquel mismo día. Volví al siguiente y á poco de empezar mi pregón, oí á treinta pasos de mí una voz que decía: "Mira,

¿no es ese el hombre de los jarrones?" Era la jóven á quién la víspera los había robado. Antes de acercarse le dije á un individuo que estaba á mi lado vendiendo castañas: «Ahí le encargo eso, amigo, que pronto vuelvo.» La jóven, al verme poner en pie apretó el paso, no ya en dirección del hombre en cuyo poder habían quedado los hurtos, sino en mi seguimiento y con la sombrilla amenazándome. No era posible que me alcanzara, y cuando me creí salvo en un extremo de la plaza, me puse á mirar hacia donde estaba el de las castañas, á quien ya no ví ni he vuelto á ver en mi vida.

—:O:—

INDICE

EL PAIS DE LAS PERLAS

Páginas

CUENTOS CALIFORNIOS

—:o:—

OCEANO

POR

JOSÉ MARÍA BARRIOS DE LOS RÍOS

(DURALIS ESTARS)

Un tomo de 140 páginas, con retrato del autor y facsímile de su firma. Ha sido juzgada esta colección de poesías como «la obra profunda, genial, de trascendencia y de relieve del gran poeta.» Así se expresa un periódico, á propósito de la primera edición. «De los primeros ejemplares--añade--hemos recibido uno......Hemos rememorado la honda y filosófica verba del docto literato, hemos vuelto á sentir el estremecimiento que producen las concepciones del genio. Leyendo á «Océano,» nos parece ascender, como si el espíritu inflamado, abandonando su envoltura, llegara á las excelsitudes de la sublime idealidad de la belleza eterna.»

De venta á $1.00. el ejemplar á la rústica, en la Librería editorial de Vª de C. Bouret. — Méjico, Cinco de Mayo Nº 45. - Apartado 219, y en la Librería de «El Regional,»— Guadalajara, esquina de las calles de Alhóndiga y D. Juán Manuel, – Apartado 79.

Se acabó de imprimir este libro el día 5 de abril de 1908.

A. M. C. J. G.